

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

luz verde para el asesino

clark carrados



SS

SERVICIO SECRETO



CLARK CARRADOS

LUZ VERDE PARA EL ASESINO

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.166

Publicación semanal

Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS – MÉXICO

Depósito legal: B. 43.568 - 1972
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: diciembre, 1972

© CLARK CARRADOS - 1972
texto

© JORGE SAMPERE - 1972
cubierta.

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la
Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1301 — El sangriento final del camino.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.161 — El vampiro que guardaba el oro.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

994 — Kitty Monterrey.

En Colección CALIFORNIA:

312 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

717 — Tumba para un hombre malo.

En Colección BRAVO OESTE:

526 — Bancarrota a tiros.

En Colección PUNTO ROJO:

549 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

535 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

103 — El rastro del oro es rojo.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

27 — Comisario Buena Vista.

CAPÍTULO PRIMERO

Dane Faith maldijo entre dientes al darse cuenta de que se había metido en la trampa que en todo momento había querido evitar. Ahora estaba acorralado y, aparentemente, sin la menor posibilidad de escapar.

Los hombres de Bert Mowski estaban abajo, rodeando la casa: dos frente a la puerta principal, otro frente a la posterior y el cuarto al pie de la escalera de incendios. Puesto que él se hallaba en un tercer piso, a diez metros del suelo, escapar por cualquier otro sitio no solo parecía absurdo, sino que resultaría desacertado.

Para mayor ignominia, en lo que se refería a su capacidad de previsión, estaba desarmado. Todo lo que tenía encima era un cortaúñas.

Faith se puso un cigarrillo entre los labios, mientras contemplaba la calle con expresión calculadora. Abajo, frente a la puerta principal, estaban Jack Russ, alias Matador y Tony Torino alias Tarántula. Dos buenas piezas, capaces de las mayores barbaridades.

Como los otros dos, Jess Peterson, a quien en un principio se le había llamado el Quebrantahuesos, pero por considerarse el apodo demasiado largo, era llamado ahora más sencillamente Buitre. Barry Thyte era el cuarto miembro del grupo de «angelitos» y no tenía apodo conocido.

Faith sabía que Mowski tenía una cuenta que ajustar con él. Cualquiera de los componentes del cuarteto, si no todos, sería el encargado de hacerlo, en el momento adecuado.

Por ahora, se limitaban a vigilar y a esperar. Durante el día no intentaría nada, ni tampoco durante buena parte de la noche. A la madrugada, si no había salido para entonces, intentarían el asalto.

Faith se preguntó cómo se le había ocurrido guarecerse en aquel hotel de cuarto orden. Quizá era que le había parecido un lugar muy discreto, pero el error había sido cometido ya y debía atenerse a las consecuencias.

Por más que lo intentaba, no conseguía una explicación de la

forma en que los esbirros de Mowski habían averiguado su paradero.

A menos que el recepcionista nocturno...

Le había parecido un sujeto taimado y rastrero. Por supuesto. Dane Faith no se había inscrito con su nombre, pero un par de semanas antes, su rostro había saltado con profusión a las primeras páginas de los periódicos. El recepcionista, seguro, le había reconocido... y Bert Mowski tenía confidentes en todas partes.

De repente se le ocurrió una idea. Sí, era factible... Podía conseguirlo, con un poco de astucia... y mucha sangre fría. Sobre todo, sangre fría o no llegaría al amanecer del día siguiente.

El recepcionista que había formalizado su inscripción en el hotel, llegaría a las siete de la tarde, para tomar su turno de noche. Bien, a partir de aquella hora sería preciso buscar el momento más adecuado para intentar la escapatoria.

Satisfecho, se apartó de la ventana que daba a la parte delantera del hotel y se acercó al teléfono. Levantó el aparato:

—¿Recepción? Por favor, dos latas de cerveza fresca, cigarrillos y fósforos —pidió.

—Al momento, señor —contestó el recepcionista.

—Por cierto —dijo Faith—, su compañero, el que me recibió anoche... Un tipo muy simpático y amable. ¿Quiere darme su nombre, por favor? Me gustaría escribir una carta de agradecimiento a la dirección del hotel, mencionado a ese muchacho tan agradable.

—Cooley, señor, Rom Cooley. Rom es abreviatura de Romulus —aclaró el conserje.

—Gracias, muy amable.

La cerveza y los cigarrillos llegaron a poco, en manos de una camarera. Faith bebió lentamente el contenido de una de las latas, junto a la otra ventana de su cuarto.

La habitación formaba ángulo y tenía otra ventana, que daba a un callejón lateral. Frente a él había una casa de viviendas. En el tercer piso, una ventana estaba abierta.

Había una hermosa muchacha en la habitación situada a una docena de metros. Faith la había visto ya más de una vez en las muchas horas que llevaba de encierro en el hotel.

La muchacha, de largos y sedosos cabellos oscuros, empezó a

quitarse el vestido. Debajo llevaba muy poca ropa. «Con el tipo que tiene, no le hace falta más», pensó Faith.

De pronto, oyó el teléfono en la habitación de la chica. A Faith se le ocurrió de repente una idea.

Sobre la cama, tenía un pequeño maletín que contenía algunos instrumentos. Uno de ellos parecía una escopeta de cañón corto y extrañamente ancho, casi quince centímetros. Faith sacó aquella escopeta y tiró de un pequeño cable unido a la culata. El cable terminaba en un audífono, que se insertó en la oreja izquierda.

Con el pulgar derecho, movió una tecla de contacto situada hacia la parte donde estaría el gatillo en una escopeta corriente. Luego, sosteniendo el artefacto con ambas manos, apuntó hacia la habitación de la morena.

Los sonidos que se producían a doce metros llegaron a sus tímpanos con absoluta claridad. El fonocaptor tenía una potencia de amplificación realmente prodigiosa; habría podido recoger el vuelo de una mosca a doscientos metros.

Una voz de mujer dijo por el teléfono:

—Le tengo hora reservada, para el día que me indicó, señorita Craven. ¿Le conviene esa fecha o se la señalo a otro paciente?

—Si no le representa grave inconveniente, desearía retrasar la consulta una o dos semanas más, doctora Puck. Me encuentro bastante bien por ahora y quiero estudiarme a mí misma, antes de acudir a visitarla de nuevo.

—Oh, estupendo. Anotaré su nombre para dentro de dos semanas. Créame, me felicito de su mejoría, señorita Craven.

—Gracias, doctora Puck.

Faith se quitó el audífono de la oreja. Mentalmente repitió el segundo de los apellidos.

¿De qué le sonaba a él el apellido Puck?, se preguntó.

* * *

A las dos de la madrugada, los pistoleros continuaban todavía su implacable vigilancia.

Entonces, Faith levantó el teléfono y llamó:

—¿Cooley? Habitación 3-E. ¿Puede subir un momento, por favor?

—Sí, señor, ahora mismo.

Faith se preparó para recibir adecuadamente al conserje de noche. A los pocos momentos, sonaron unos nudillos en la puerta.

—Pase —dijo Faith.

Rom Cooley entró en el cuarto. Era un sujeto alto y delgado, con lentes ligeramente ahumados y de escasa graduación. Un fino bigotito negro orlaba su labio superior.

—Señor Faith —murmuró.

Ya no pudo decir más. El puño derecho del huésped se disparó con furia demoledora. Cooley cayó como un plomo.

Inmediatamente, Faith puso manos a la tarea. Un cuarto de hora más tarde, descendía tranquilamente por las escaleras hacia la recepción.

Su maletín quedó en un rincón discreto. A los pocos minutos, entraron dos hombres en el hotel.

Uno de ellos se acercó al mostrador. El conserje levantó un poco la cabeza.

—Sí, señor —habló con voz inexpresiva.

—No has visto nada —dijo Tony Torino—. ¿Entendido?

—Sí, señor. Ustedes no han estado aquí jamás.

—Exacto.

Torino soltó una risita y se dirigió hacia el ascensor.

—Buen chico —elogió, al reunirse con Matador.

La cara del otro pistolero parecía de piedra. El ascensor inició su carrera hacia el tercer piso.

Mientras subían, los dos pistoleros pusieron sendos silenciadores en sus revólveres de cañón corto. Al salir, lanzaron una ojeada al desierto pasillo.

—Vamos —murmuró Matador.

En cuatro zancadas se plantaron ante la habitación número 3-E. Torino abrió con la mano izquierda.

Había un hombre en la cama, completamente vestido, aunque sin los zapatos. En aquel momento, Cooley empezaba a recobrar el sentido y, aunque todavía torpemente, intentaba sentarse en el lecho.

Los dos pistoleros entraron y cerraron la puerta. Inmediatamente, abrieron fuego contra el sujeto que estaba en la cama.

Cooley chilló un poco. Cuatro balas le dieron de lleno en el pecho, arrojándolo hacia atrás. Torino se acercó al individuo, dispuesto a darle el tiro de gracia en la cabeza.

De pronto, lanzó un casi femenino chillido:

—¡Jack, este no es Dane Faith!

Matador pegó un respingo. Contempló un instante el ensangrentado cuerpo del recepcionista y no tardó mucho en comprender el engaño de que habían sido objeto.

—Vamos, quizá lo alcancemos —dijo, a la vez que se lanzaba hacia la puerta. Torino se retrasó un segundo, el tiempo justo para saltar la tapa de los sesos al desdichado Cooley.

De todas formas, convenía asegurarse de su silencio. Cuando llegaron al vestíbulo, se encontraron con la recepción desierta. El falso conserje nocturno había desaparecido.

* * *

A buena distancia del hotel, Dane Faith se metió en una cabina telefónica y marcó un número. Una voz le contestó a los pocos instantes.

Faith sonrió. Mowski estaba aguardando informes, con mucha impaciencia, supuso.

—Habla Mowski —sonó una voz destemplada en sus oídos.

—Hola, forajido —rio Faith—. ¿No me conoce?

—¿Quién diablos...?

—Soy Dane Faith. He conseguido salir de la trampa —Mowski lanzó una horrible maldición. Faith volvió a reír—. El conserje de noche era su confidente, Mowski. Así supo usted que yo me hospedaba en aquel infecto hotel. No podía ser de otro modo, ¿verdad?

—¿Lo ha sobornado usted, Faith? Si es así, haré que lo escarmienten para toda su vida —rugió Mowski.

—No me he gastado ni un centavo, amiguito. Simplemente, Cooley tenía mi misma figura. Me puse su uniforme, sus gafas de color y me pinté un bigotito con un corcho ahumado. No había demasiada luz en la recepción cuando Torino me dijo que yo no había visto ni oído nada.

—Entonces, se han equivocado...

—Exactamente, se han equivocado.

—Corregiré el error, Faith —aseguró Mowski.

—Se guardará muy bien de hacerme nada —dijo el joven—. Olvídeme o sacaré a relucir aquel cuadernito que usted busca con tanto empeño y que está ahora en mi poder. Déjeme en paz, Mowski; se lo digo por su propio bien, ¿me ha entendido?

El sujeto calló unos instantes. Faith aprovechó la ocasión para despedirse:

—Adiós, estúpido.

Y colgó el teléfono.

Luego, vestido todavía con el uniforme del recepcionista asesinado, se dirigió tranquilamente a su casa. Mowski quedó en la suya, rumiando el mejor modo de vengarse de aquel sujeto que tan bien se había burlado de él.

CAPÍTULO II

La joven que llamó aquella noche a la puerta de la casa era muy bonita y vestía un elegante traje de noche. El hombre que la recibió era de mediana edad, grueso y casi calvo. Al ver a la muchacha, frunció el ceño.

—¡Amy! —dijo—. ¿Qué diablos haces aquí y a estas horas?

—Quiero hablar contigo —expresó Amy Brent.

—Pero, ahora...

—Ahora, Mick.

El hombre hizo un gesto de resignación. Por fortuna, se dijo, en aquellos momentos estaba solo.

—Entra, Amy —invitó.

La joven cruzó la puerta. Mick Thurmond cerró.

—¿Y bien? —dijo a continuación—. ¿De qué se trata?

Amy abrió el bolso y sacó un pequeño revólver. Thurmond lanzó un grito:

—¡Amy! ¡No seas loca...!

El arma detonó seis veces. Thurmond fue de un lado para otro, tropezando con los muebles, y acabó por caer al pie de un diván.

Un vecino oyó las detonaciones y avisó telefónicamente a la policía. Cuando el primer coche de patrulla llegó y sus dos ocupantes entraron en la casa, vieron a una hermosa joven en pie, rígida, con el arma homicida todavía en una mano y los ojos fijos en el cadáver que yacía en el suelo, en medio de un charco de sangre.

Amy Brent no opuso la menor resistencia cuando le quitaron el revólver. Uno de los policías, veteranos en el oficio, vio algo raro en los ojos de la joven.

—Diríase que está loca de remate —murmuró.

* * *

Hacía un poco de calor. La cafetería tenía una agradable climatización. Faith dudaba en pedir un café o una cerveza.

Una voz femenina distrajo su mente de tan importante

problema:

—¿Señor Faith?

El hombre se volvió. Faith casi lanzó un grito de sorpresa.

Aquella chica... Era la misma a la que había visto desde la ventana del hotel.

—Sí, yo mismo —sonrió—. ¿En qué puede servirle, señorita?

—Me llamo Myra Craven —dijo ella—. Necesito hablar con usted.

—¿Ahora?

Myra dudó un instante.

—¿Puede concederme una entrevista para mañana, a las once?
—solicitó al fin.

—No tengo inconveniente...

—Gracias, eso es todo, señor Faith. Hasta mañana.

Myra se despidió con rapidez. Faith quedó perplejo, junto a la barra, con el periódico recién comprado y todavía sin desplegar.

Algo martilleó sus sienes. Maldito dolor de cabeza, gruñó.

Una mano se posó sobre la suya de repente.

—Aunque tienes muy mala cara, te he reconocido sin dificultad, Dane Faith —dijo la mujer.

Faith se volvió hacia ella. Era joven, hermosa, de bello rostro y figura arrogante. El pelo, relativamente corto y peinado con todo esmero, parecía un casco bruñido de bronce.

—Tu cara me suena...

Ella sonrió imperceptiblemente.

—Eres mal fisonomista y eso, en tu oficio, no es bueno, Dane —dijo—. Terminamos juntos la Secundaria. Soy Elyanne Puck.

—¡Elyanne! —exclamó él—. Pues claro que... Estás guapísima, muchacha; los años no pasan por ti...

Elyanne le guiñó un ojo.

—Gracias, pero tenemos la misma edad, Dane —contestó.

—Sí, lo sé perfectamente. Oye, ¿qué hiciste al terminar la Secundaria? Nos perdimos de vista...

—Obtuve el grado de doctor en Medicina y me especialicé en Psiquiatría. Tengo una buena clientela, Dane.

—Te felicito, Elyanne. Con toda sinceridad, créeme.

De pronto, Faith hizo una mueca

—¿Qué te pasa? —preguntó ella.

—Tengo una jaqueca espantosa y no sé cómo quitármela de encima. Las aspirinas corrientes no me hacen nada, Elyanne —se quejó el joven.

—Ven a mi casa —propuso Elyanne—. Vivo a dos manzanas y te daré algo que te dejará como nuevo. Ah y no te cobraré nada por la consulta.

Faith se echó a reír.

—Por estar un rato contigo, sería capaz de una jaqueca de cinco días —exclamó.

Salieron de la cafetería. Faith continuaba con el periódico en la mano.

—¿Te interesa el crimen que se cometió ayer? —preguntó Elyanne.

—He leído solo los titulares; apenas he podido enterarme de los detalles —respondió Faith.

—Un vulgar crimen pasional —dijo ella—. Pero, ¡cuántos se podrían evitar con un tratamiento previo adecuado! —exclamó.

—¿Lo habrías evitado tú, de haber estado en tu mano?

Elyanne dejó de sonreír repentinamente.

—Estuve a punto de evitarlo —dijo—. Pero ella vino a tratarse demasiado tarde. No pude curarle la obsesión de odio hacia Thurmond.

—Oh, no sabía que la asesina hubiera sido tu cliente.

—Lo fue, Dane, y así lo he declarado al oficial de Policía que vino a interrogarme esta mañana.

—Así, pues, Amy Brent odiaba a Thurmond.

—Sí, aunque en los exámenes psicoanalíticos que le hice no logré descubrir en ella ninguna intención homicida. Claro que tampoco tuve tiempo de estudiarla a fondo, como ya te he dicho, solo me visitó tres veces y... Me siento fracasada con esa pebre chica, Dane, te lo aseguro.

—La culpa no es tuya, Elyanne —dijo él, tratando de consolarla.

* * *

La joven doctora tenía buen gusto en lo referente a decoración, se dijo Faith al contemplar el elegante salón al que ella le había conducido.

—Es un ático muy bonito —dijo Elyanne—. Me gustó desde el primer momento, porque tiene dos plantas y así lo que podríamos llamar mi residencia privada está aislada del consultorio y despacho profesionales.

—Eso está muy bien —aprobó él—. Un digno marco para una hermosa mujer.

Elyanne rio suavemente.

—Puede, pero también frustrada —dijo, mientras revolvía con una cucharilla algo líquido contenido en un vaso.

—¿Por qué? —se extrañó Faith.

—La Medicina me gustó siempre, pero puede que yo sea algo anticuada. Lo habría dado todo con gusto a cambio de un esposo y varios hijos.

—Elyanne, tú tienes, o estás a punto de cumplir los treinta años. Si a esa edad, no se puede conseguir lo que tanto deseas, ya me dirás cuándo, por favor.

—Esas cosas se empiezan entre los veinte y los veinticinco años —contestó ella—. Es la mejor época y, a los treinta, no es que el cuerpo no sea joven aún, pero, en ocasiones, la mente tiene sesenta años. Anda, tómate esta medicina; antes de media hora, la jaqueca será solo un desagradable recuerdo para ti.

Faith la miró fijamente.

—No me digas que te sientes anciana mental —comentó.

—Pues, a veces...

Elyanne no pudo continuar. Un zumbador sonaba repetidas veces en la estancia.

—Me parece que tengo una cliente —dijo, a la vez que consultaba el reloj de pulsera—. ¿Puedes aguardar algo así como tres cuartos de hora?

—No tengo nada mejor que hacer —sonrió él.

Elyanne se alejó hacia la escalera que conducía a la planta inferior. El sillón era muy cómodo y Faith se arrellanó en él, apoyando la cabeza en el cómodo respaldo.

Dejó pasar unos minutos. Sí, la medicina que le había dado su amiga era muy buena. Las ondas de dolor se alejaban gradualmente.

Cerró los ojos. Sin saber cómo, se durmió.

Despertó más tarde. Oyó tintineos de vasos y se incorporó un poco en el sillón. Elyanne estaba preparando sendas bebidas.

—Me he dormido —confesó él.

—Ya lo sé. Estabas como un tronco y por eso no te quise despertar. Has dormido tres horas largas, Dane.

—¡Rayos! —exclamó él—. ¿Acaso me has dado un hipnótico?

—No, sino una mínima dosis de un sedante. Pero te relajó la tensión interior a que estás sujeto y por eso te quedaste dormido. ¿A que ya se ha pasado la jaqueca?

—Sí, tu medicina ha dado un resultado maravilloso —admitió Faith sonriendo—. Pero nunca me había pasado nada igual, créeme, Elyanne.

—Diría que llevas bastantes días sometido a ciertas tensiones anímicas, no corrientes en ti —opinó ella—. En tal caso, la jaqueca no sería sino un mecanismo de defensa contra tu estado de ánimo.

—No me digas —se asombró el joven.

—Come lo oyes. Tienes que defenderte de alguna forma contra esas tensiones. Si te duele intensamente la cabeza, no pensarás apenas en nada que no sea el dolor.

—Oye, ¿sabes que puede que tengas razón?

Elyanne sonrió.

—La tengo —dijo—. ¿Quieres beber? —invitó, a la vez que le ofrecía un vaso alto.

Faith contempló críticamente a la joven doctora. Ella se había cambiado de ropa, aunque no de peinado. Ahora, Elyanne vestía un quimono negro, ornado con fantásticas figuras de dragones y aves mitológicas. La prenda era muy corta y quedaba a quince centímetros por encima de unas rodillas sin tacha.

—Estás muy guapa así —dijo él con voz súbitamente enronquecida.

El cinturón del quimono rodeaba un talle de sin igual esbeltez. Faith apostó consigo mismo a que aquella prenda era la única que Elyanne llevaba puesta en aquellos mementos.

Los párpados de la doctora se entornaron.

—¿Te gusto? —preguntó a media voz.

Faith dejó el vaso a un lado y se puso en pie.

—Ahora siento otra clase de tensión —dijo.

Elyanne sonreía seductoramente.

—Si puedo ayudarte a relajarla...

Los brazos de Faith rodearon la cintura de la mujer.

—Creo que tú también sientes tensión —murmuró—. Nos relajaremos juntos, muy juntos...

Los ojos de la doctora brillaban de un modo singular.

—Un programa maravilloso —susurró, antes de que las dos bocas se confundieran en una ardiente caricia.

CAPÍTULO III

—Te sientes preocupado —dijo Dane Faith a la mañana siguiente, al dirigirse a su visitante Lewis Mac Cain, teniente de Policía.

—Imagínate, Dane —contestó Mac Cain, a la vez que lanzaba un hondo suspiro.

Faith se echó a reír, mientras llenaba dos vasitos de papel, con el líquido contenido en la cafetera, situada de ordinario sobre un hornillo eléctrico, casi continuamente conectado a la toma de corriente.

—Te preocupa la muerte de Thurmond, ¿no es así? —dijo, al entregarle la bebida.

—Así es. La chica que lo mató, según los psiquiatras oficiales, está completamente cuerda. Pero ella lo niega.

—¿Que niega qué...? —se asombró Faith.

—Niega haber disparado contra Thurmond. Dice que ella no lo hizo.

—Esa chica está loca, Lew.

—Quiere hacerse pasar por loca, pero no es lo mismo, Dane. Todas sus reacciones y los tests a que ha sido sometidos, incluso el de Rorschach, demuestran una absoluta normalidad. Pero su negativa resulta incongruente.

—Si se piensa que, haciéndose pasar por loca, puede eludir una pena grave, no es tan incongruente, Lew.

—Pero los patrulleros la encontraron junto al cadáver, con el arma homicida todavía en la mano. Y ella ha admitido odiar a Thurmond,

—Eso es cierto. Lew, aunque no lo odiaba tanto como para desear su muerte, ni mucho menos para matarlo ella misma.

Mac Cain se sorprendió de aquella respuesta.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—No es demasiado ético responderte, pero te diré que lo sé por la psiquiatra que la trató. Ella misma me lo ha dicho.

—¿Conoces a la doctora Puck?

—Bastante bien, modestia aparte —sonrió Faith.

—No lo sabía, Dane.

—Estudiamos juntos hace diez años. Luego nos separamos, pero ayer nos encontramos por casualidad. Yo tenía una jaqueca espantosa y ella me la curó de un modo maravilloso. Como llevaba el periódico con la noticia del crimen, el comentario resultó natural.

—Ya entiendo —dijo Mac Cain.

—Elyanne... perdón, la doctora Puck, sostiene que no tuvo tiempo de tratar a Amy Brent por completo. Solo fueron tres visitas y, aunque descubrió un sentimiento de odio hacia Thurmond, asegura que no se manifestaban en ella deseos de cometer el crimen.

—Es lo mismo que me dijo a mí cuando fui a visitarla —declaró el policía.

—Elyanne se sentía muy apesadumbrada. Me dije que tres sesiones no habían sido suficientes; no pudo psicoanalizarla a fondo, lo que, tal vez, habría llevado al conocimiento de sus auténticas intenciones. Entonces, es muy probable, habría evitado el asesinato de Thurmond.

—Ha sido una lástima, en efecto.

—Lo que está profundamente incrustado en el subconsciente no sale tan fácilmente a la superficie, Lew.

—Si la doctora nos hubiera dicho algo...

—Entonces, tendría que denunciar a cada uno de sus clientes —exclamó—. No hay ni uno solo que, consciente o inconscientemente, no odie a alguien. Naturalmente, los casos en que el odio se resuelve a tiros, son los menos.

—Sí, tienes razón —el policía se puso en pie—. Bien, no quiero seguir entreteniéndote más. ¿Cómo va tu asunto con Mowski?

—Oh, no me puedo quejar —respondió Faith con acento intrascendente.

—Ten cuidado con él. Es un mal bicho.

—Sí, algo me han contado al respecto.

—Y si necesitas ayuda en este caso, avísame sin vacilar.

—Gracias, Lew.

El policía se marchó.

Faith consultó su reloj.

—Las once y diez —murmuró.

Myra Craven le había anunciado su visita para las once en punto. ¿Por qué se retrasaba?

El teléfono sonó de pronto. Faith levantó el aparato y pronunció su nombre.

—Soy Myra Craven —dijo una voz femenina—. Señor Faith, temo mucho que no voy a poder visitarle.

—¿Le ocurre algo en particular, señorita? —preguntó el joven.

—Estoy vigilada —respondió ella.

—¿Cómo?

—Lo veo desde aquí. Es un tipo alto, delgado y de nariz ganchuda. Está limpiándose las uñas con una lima metálica. No quiero comprometerle a usted.

—Pero... ¿qué es lo que teme, señorita? Conteste, por favor.

La respuesta de la joven se demoró unos instantes.

—No puedo ser más explícita por teléfono, créame —dijo al cabo.

—¡Aguarde un momento! —exclamó Faith—. Dígame dónde está y yo iré a reunirme con usted.

—Pero me vigilan...

Faith había pensado ya en el sujeto descrito por la muchacha. «Barry Thyte, qué extraño», se dijo.

—No importa. Dígame dónde está y yo procuraré despistar al tipo.

—De acuerdo. Le hablo desde una cabina telefónica situada en la esquina de las calles Novena y Davies.

Faith situó el lugar inmediatamente.

—En la misma acera, a cincuenta o sesenta pasos, está la cafetería Buckie's. Entre y tome una mesa. No le importe que ese tipo continúe vigilándola, ¿me entiende?

—Sí, señor Faith.

—Por favor, dígame la hora exacta de su reloj. Vamos a ajustar los tiempos.

Myra lo hizo así. Faith prosiguió:

—Dentro de doce minutos, exactamente, ni uno menos, usted se levantará y se dirigirá hacia los lavabos de señoras. Los de hombres están enfrente. En el pasillo, al fondo, hay una puerta trasera. Entre en el lavabo y aguarde allí hasta que oiga tres golpecitos en la puerta. ¿Comprendido?

—Sí, señor Faith.

—Eso es todo. Obre puntualmente y solucionaremos su problema. Confíe en mí, señorita Craven.

Faith volvió el teléfono a la horquilla y consultó su reloj.

—Me quedan once minutos —murmuró para sí.

* * *

En el momento indicado, Myra se puso en pie. Barry Thyte estaba lánguidamente apoyado en el mostrador y, cuando vio que la muchacha se dirigía a los lavabos, echó a andar tras ella.

Thyte sabía que había una salida trasera en el Buckie's. La muchacha abrió la puerta que daba al pasillo de los servicios y siguió adelante.

Atento únicamente a Myra, Thyte no se dio cuenta de que había un hombre detrás de él. Solo lo supo en el momento en que una mano le tocó el hombro.

—Hola —dijo Faith.

Thyte se volvió. Una rodilla le golpeó venenosamente en el estómago. La misma rodilla chocó contra su nariz al curvarse hacia adelante.

El pistolero lanzó un sordo gemido. Faith golpeó su nuca y lo dejó tendido en el suelo.

Acto seguido, lo agarró por los tobillos y lo metió en el lavabo de caballeros. Con un rasgo de humor, agarró a Thyte por debajo de los sobacos y lo dejó sentado encima de un inodoro. A continuación, cerró la puerta del cubículo.

Faith salió del departamento y llamó a la puerta de señoras. La cara de la muchacha apareció en el acto, llena de ansiedad.

—El paso está libre —dijo alegremente.

Myra lanzó un hondo suspiro.

—No sabe qué alivio siento —manifestó—. ¿Vamos?

—Por supuesto.

—Salgamos por atrás —propuso ella—. Quizá el tipo ese tenía algún compinche y yo no lo he sabido ver.

—No me extrañaría nada —contestó Faith tranquilamente.

Recorrieron el pasillo Faith abrió la puerta.

—Sabía que intentarían escapar por aquí —dijo Jess Peterson,

alias Buitre.

* * *

Faith contempló durante unos instantes al sujeto que tenían frente a sí. Era tan alto como él, aunque no más fornido. Sin embargo, sabía que el deporte favorito de Peterson era romper huesos humanos. Le gustaba oír los chasquidos de los huesos al fracturarse. Faith sabía que era un sádico.

—Lo han previsto todo, ¿eh?

—Figúrese —rió Peterson—. ¿Qué pasa, le ha contratado la chica como su guardaespaldas personal?

—Yo no hago cierta clase de trabajos. Mi oficio es muy distinto, Buitre.

—Está bien, no lo discutiré. Ella es la que me interesa, pero ya que usted se ha metido en el asunto, los dos se vendrán conmigo.

—¿A la fuerza?

—¿Qué le parece este argumento, Faith?

La mano de Peterson enseñó de pronto una pistola. Pero el gesto de Faith no fue menos veloz.

Sus dos manos aferraron como tenazas de hierro la muñeca de Peterson. Luego tiró con fuerza hacia sí, a la vez que bajaba la cabeza.

La nariz del rufián se estrelló contra su frente. Peterson lanzó un gruñido de dolor.

Faith no le dejó rehacerse. Plantó los pies en el suelo y, sin soltar el brazo de su oponente, dio una rápida vuelta sobre sí mismo.

Peterson giró inconteniblemente. En el último instante, Faith lo soltó y el pistolero fue a estrellarse contra el muro.

Rebotó, vacilando, medio inconsciente. Faith lo agarró por el cuello de la chaqueta y el fondillo de los pantalones y lo empujó hacia adelante con todas sus fuerzas.

El impacto fue definitivo. Al rebotar por segunda vez, Peterson cayó al suelo como una masa inerte, con la cara convertida en una sangrienta máscara.

Los ojos de Myra expresaban admiración.

—Es usted un huracán —dijo—. ¿Qué ha hecho del otro?

Faith lanzó una risita.

—Está sentado en un lugar que no es muy discreto mencionar —contestó.

Myra exhaló una alegre carcajada. Pero casi de repente, se echó a llorar.

—Chiquilla, ¿qué le pasa? —exclamó Faith, sorprendido.

Myra agitó la cabeza.

—No sé cómo tengo humor... Quieren matarme... y lo único que se me ocurre es echarme a reír —gimoteó.

Faith le pasó una mano por encima de los hombros.

—Vamos a un sitio discreto —dijo con acento persuasivo—. Se calmará y podrá hablarme con toda tranquilidad.

* * *

Los ojos de la muchacha recorrieron complacidamente el paisaje que se extendía ante la casa.

—Es un lugar muy bonito —elogió.

—Me gusta —respondió Faith—. Cuando me siento muy cansado o tengo la cabeza cargada, me retiro aquí unos días. Pesco en el lago o me voy más arriba, a los arroyos trucheros.

—¿Viene solo? —preguntó Myra ingenuamente.

Faith sonrió con expresión enigmática.

—Depende —evadió una respuesta puntualizadora—. Dígame, ¿qué prefiere? ¿Café o una copa de buen jerez?

—Jerez, por favor.

Mientras él llenaba las copas, Myra se llenó los pulmones de aire puro y perfumado, tan distinto del que respiraba a diario en la ciudad. Mentalmente, se dijo que le gustaría tener dinero para poder comprarse una casita como la de su anfitrión.

—Beba —dijo Faith, al entregarle la copa.

Myra tomó unos sorbos.

—Está muy bueno —aprobó, sonriendo.

—Gracias. Y ahora, por favor, dígame, ¿qué le sucede?

—¿Conoce usted a Jarley K. Sage? —preguntó Myra.

—He oído hablar de él. Grandes y productivos negocios, creo.

—Menos de lo que se dice por ahí, pero, a pesar de todo, es un personaje importante en Carnwallton —dijo ella—. Yo era su

secretaria personal.

—Un buen empleo, me imagino.

—Efectivamente. Pero lo dejé.

—¿Por qué?

—Sage quería que yo fuese para él algo más que una simple secretaria.

—¿Su esposa?

—Ni aun así habría aceptado. Es orgulloso, vano y déspota. Lo único bueno que tiene es su vista de águila para los negocios. Pero como hombre, es detestable.

—Parece conocerle bien, Myra, si me permite llamarla así.

—Desde luego —accedió ella.

—Muy bien. Pero dígame, ¿qué relación tiene Sage con el intento de rapto de que ha sido objeto?

—Eso es lo que a mí me gustaría saber, Dane —respondió la muchacha, para asombro y perplejidad de su anfitrión.

CAPÍTULO IV

Faith se paseaba por la terraza delantera del edificio.

—De modo que no sabe por qué la persiguen —dijo al cabo de unos momentos de silencio.

—Tengo una vaga idea...

—Exprésela, por favor

—Hace algún tiempo, Sage quiso realizar una importación. Fue algo muy personal, yo apenas me enteré, pero creo que la llevó a cabo.

—¿Y...?

—Una voz anónima me pidió datos sobre esa operación. Le dije que no sabía nada. El que me hablaba, era un hombre, me ofreció cinco mil dólares por conocer todos los detalles. Yo me negué, pero, al parecer, no se quedó muy convencido de mi negativa.

—Por lo visto, creía en una insobornable fidelidad hacia su jefe.

—Eso es lo que yo opino. A partir de entonces, empezaron a asediarme por teléfono. Varias veces vi a tipos sospechosos cerca de mi casa. Luego, el mismo que me había hablado, me dio un ultimátum. Cuarenta y ocho horas para aceptar diez mil dólares o...

—O morir.

—No dijo eso, aunque sí mencionó la posibilidad de hacerme hablar por todos los medios. Yo pensé en secuestro y tortura.

—Un pensamiento muy acertado —concordó Faith—. Pero ¿por qué no le piden esos informes al propio Sage?

Myra se encogió de hombros.

—Sencillamente, no lo sé —respondió.

—Esa operación comercial de importación realizada por Sage, ¿es ilegal, Myra? Es decir, ¿sospecha que lo sea?

—Sage tenía una gran confianza en mí. No me ocultó nunca nada, excepto esa operación.

—Los jefes, a veces, no confían sus actos íntimos ni a sus más fieles colaboradores, Myra —dijo Faith.

—Sí, tal vez tenga usted razón, pero, ¿qué culpa tengo yo de no saber nada?

Faith pensó inmediatamente en Mowski.

¿Cuál era la relación de aquel jefe de *gang* con Sage?, se preguntó.

—Bien —alzó la voz—, de modo que no sabe de qué se trata y quiere que yo...

—Simplemente, deseo que investigue lo que hay en el fondo de este asunto, para ver si así consigo vivir en paz definitivamente —respondió la muchacha.

* * *

La mujer era guapa, de pelo rojizo, ojos maliciosos y sonrisa incitante. Se sabía bien conformada y procuraba que sus vestidos fuesen lo más ajustados posibles a las opulentas curvas de su cuerpo.

Abrió la puerta, reconoció a su visitante y se apoyó indolentemente en una de las jambas.

—¿Puedo preguntar por qué Su Majestad Dane I viene a honrar mi humilde morada? —dijo irónicamente.

—Sandra, déjate de burlas —pidió Faith—. Necesito hablar contigo.

—¿Y si yo no quisiera? Recuerdo una cita que concertamos hace meses. Me diste plantón, especie de miserable perro podenco.

—Podría ofrecerte disculpas, pero no me creerías, así que ¿para qué esforzarme en ello? Está bien, Sandra, en vista de tu hospitalaria acogida, me largo con la música a otra parte.

—No te vayas, estúpido —le apostrofó ella, a la vez que cortaba su retirada, agarrándole por un brazo—. Entra y hablaremos.

—¿Solo hablar? —sonrió Faith.

—Te invitaré a una copa; es lo máximo que te mereces.

—Me resigno a lo inevitable —suspiró él.

Sandra Hynne cerró la puerta y onduló hacia un pequeño bar situado en uno de los lados del salón.

—Dispara, sabueso —invitó, mientras destapaba una botella.

—Tú trabajas en el Sturm, Sandra.

—Ah, creí que lo habrías olvidado. Sí, mucha gente acude a verme. Me miran mucho más que me oyen —dijo ella maliciosamente.

—Tienen motivos de sobra. En aquel vestido empleaste lo menos veinte centímetros de tela, ¿verdad?

—Soy muy tacaña con la indumentaria —admitió Sandra con desparpajo. Entregó una copa a su visitante y le miró por encima del borde de la suya—. ¿Qué es lo que quieres de mí, Dane?

—Informes, Sandra.

—¿Puedo dártelos?

—Tienes unos oídos muy finos. En el Sturm se oyen muchas cosas, además de las que se ven, naturalmente.

—Sí, es cierto, pero la norma de la casa es tener la boca cerrada siempre.

—¿También conmigo, Sandra?

Ella le dirigió una mirada llena de suspicacia.

—Tú has tenido un encuentro con Mowski —dijo.

—¿Cómo lo sabes?

—Se lo oí a él en cierta ocasión. No hablaba conmigo, por supuesto, pero a ti te ponía como un trapo.

—Según su punto de vista, con razón. Las personas decentes piensan de otro modo. ¿Qué relación tiene Mowski con Jarley K. Sage?

La pregunta fue hecha de sopetón. Sandra acusó sorpresa.

—¿Por qué lo dices, Dane? —quiso saber.

—Contesta. Luego te daré más explicaciones.

—Tengo entendido que son socios en el Sturm.

—¿Al cincuenta por ciento?

—No he llegado a tanto. Pero yo diría que Sage es el que manda en el negocio.

—Eso me hace sospechar que a Mowski no le gusta estar por debajo de Sage.

—Así se podría decir, pero ya no sé más. Dane.

—Sandra, Mowski no es tipo de fiar. Si la policía pudiera encontrar pruebas contra él, se pasaría a la sombra el resto de sus días.

—Pero no encuentran esas pruebas, Dane, así que no le des más vueltas.

—Lo sé, hermosa, lo sé. Ahora, dime, ¿sabes algo respecto a una posible operación ilegal de importación?

Sandra dejó de sonreír.

—¿Debo contestarte, Dane? —consultó.
—Te lo agradecería infinito —dijo él.
—Solo te puedo decir una cosa. Perdón, una cifra.
—Dispara ya, me muero de curiosidad.
—Tres millones, Dane.

Faith buscó algo con la vista. Cuando lo encontró, se sentó de golpe en una silla.

Sandra lanzó un grito de alegría.

—¡Esta es la ocasión que estaba buscando! —exclamó.

Y se sentó en las rodillas de su visitante. Acto seguido, le echó los brazos al cuello y le besó vorazmente.

* * *

Norman Ford abrió la puerta de mal talante. La inesperada llamada había venido a interrumpir la interesante conversación que sostenía con una hermosa visitante, cuya presencia en su casa deseaba ocultar.

Al abrir, Ford vio ante sí a una mujer de rostro conocido.

—¡Cynthia! —exclamó.

—La misma. ¿Puedo hablar contigo, Norman?

—Otro día. Ahora estoy ocupado...

—Bueno —dijo Cynthia Upton con indiferencia—. Total, para lo que he venido a decirte... Lo mismo puedo hacerlo aquí...

Ford vio de pronto un revólver en la mano de la mujer. Un rugido brotó de sus labios, a la vez que se abalanzaba hacia ella.

Incluso pudo agarrar la mano de Cynthia, pero ya era tarde: el revólver había disparado una vez.

Ford se tambaleó. Ella se desasíó y tiró de nuevo, hasta agotar el contenido del barrilete.

A la víctima ya no le importó que le metieran en el cuerpo todos los tiros del arma. A partir del segundo disparo, era ya cadáver.

* * *

—Es curioso —dijo Faith.

—Macabramente curioso —añadió el teniente Mac Cain.

—El segundo asesinato de un personaje de cierta importancia

que se comete en pocos días. ¿No te da eso mucho que pensar, Lew?

—Muchísimo, Dane. Mick Thurmond y Norman Ford han muerto de una forma muy similar: seis balas en el cuerpo y ambos a manos de sendas chicas hermosas y, aparentemente, ofendidas por los desdenes de las víctimas.

—Podría tratarse de una coincidencia, pero...

Los dedos de Faith tabalearon sobre el mostrador del bar, en donde los dos amigos tomaban sendas tazas de café.

—¿Has hablado con Cynthia Upton, Lew?

—Por supuesto. Me he pasado casi toda la noche interrogándola —respondió el policía, en cuyos ojos aparecían las señales de una indudable falta de sueño.

—¿Qué resultado has obtenido?

—Otra loca, Dane. O que finge serlo. No recuerda en absoluto, lo que sucedió. Incluso asegura que ella no lo hizo, a pesar de que los agentes de la patrulla del distrito la sorprendieron con el arma en la mano y junto al cadáver.

—¿Presenció alguien el hecho?

—Había una dama con Ford. Por lo visto, era una entrevista de tapadillo. No quiere que se divulgue su nombre y, en cierto modo, se comprende, porque es completamente ajena a lo ocurrido.

—¿Dónde está ahora Cynthia, Lew?

—En el hospital psiquiátrico del condado, naturalmente, bajo vigilancia —contestó Mac Cain—. ¿Es que piensas ir a verla?

—Podría interesarme —dijo Faith pensativamente—. Pero no ahora; tengo algo más importante que hacer.

—El caso Mowski, ¿eh?

—Sí, Lew.

—¿Todavía sigues en él?

Faith hizo un gesto de asentimiento, Mac Cain meneó la cabeza.

—Tenía entendido que habías conseguido pruebas —dijo.

—En cierto modo, así es, pero... —Faith emitió una sonrisita de circunstancias—. Aún no puedo afirmar nada de un modo rotundo.

—Cuando sepas algo, avísame, Dane.

—Descuida.

El policía se marchó. Faith quedó todavía unos momentos en el bar.

Al cabo de un rato, salió a la calle y se dirigió a su despacho. El

teléfono sonó cuando apenas había cerrado la puerta.

—Faith —dijo, después de levantar el aparato.

—Dane, soy Myra. He oído las noticias por la radio.

—¿A qué noticias se refiere usted? —preguntó el joven.

—Hombre, hablo del asesinato de Ford. Es espantoso, ¿no cree?

—Según el punto de vista de cada cual. Pero ¿qué le extraña a usted de este crimen?

—Ford y Sage estaban muy relacionados. Incluso fueron socios en tiempos. Pero Sage maniobró para echar a Ford de la sociedad y quedarse con su parte.

Faith se echó a reír.

—Myra, no vaya a decirme que todo esto es cosa de Sage —exclamó—. Por lo visto, se trata de un vulgar asunto de celos.

—¿También Amy Brent mató por celos?

—Myra, ¿qué demonios está insinuando usted? —exclamó Faith, casi incomodado.

—No insinúo nada, porque no me atrevo a hacerlo. Pero yo juraría que la mano de Sage está detrás de estas dos muertes.

—Myra, por favor, refrene su fantasía. Son dos hechos que no tienen nada en común...

—¿De veras? Oiga, entonces, ¿por qué tanto Amy como Cynthia han observado un comportamiento idéntico después de su detención? ¿No le da la sensación de que en aquellos momentos estaban drogadas? Tal vez narcotizadas o sujetas a hipnosis... Una especie de asesinato con telemando mental, ¿comprende?

—¡Qué absurd...!

Faith se calló de pronto.

¿No había algo de verdad en lo que le estaba diciendo la muchacha?

—¡Dane! —llamó Myra de pronto.

—No he cortado —dijo él—. Solo estaba pensando.

—¿En qué, puedo saberlo?

—Por teléfono no. Myra, siga ahí y no se mueva por nada del mundo. Es un escondite seguro, ¿me comprende?

—Sí, Dane, pero me aburro como una ostra.

—La concha es estupenda —rio él.

Y cortó el teléfono, para, segundos más tarde, hacer una llamada a su amigo el policía.

La robusta celadora examinó con desconfianza el papel que Faith le enseñaba. A pesar de que sabía que el visitante contaba con los permisos necesarios, quiso ver el de la policía y leer hasta la última letra del sello oficial.

—Sígame —invitó al fin.

Faith caminó tras la mujer, a lo largo de un amplio corredor, con numerosas puertas. Al fin, la celadora abrió una de ellas y se apartó a un lado.

—Entre —dijo—. Cuando necesite salir, toque el timbre que verá junto a la puerta.

—Gracias, señora.

—Señorita —corrigió ofendida la celadora—. Señorita Woodstock.

—Sí, señorita Woodstock.

Faith cruzó el umbral y entró en una celda de alegres colores, amueblada con cierto gusto. Las paredes ofrecían un aspecto normal, pero eran de una gruesa capa plástica que sustituía al tétrico y anticuado acolchado de las celdas para locos furiosos.

CAPÍTULO V

Cynthia Upton vestía una simple bata gris, sin bolsillos. Estaba sentada en el borde de la cama, con las manos sobre el regazo, y su rostro aparecía limpio de todo maquillaje.

—Soy Dane Faith —se presentó el visitante—. Lamento molestarla, pero estimo conveniente que me conteste usted a algunas preguntas, señorita Upton.

—¿Es usted policía, señor Faith? —preguntó ella.

—Investigador... aunque no de casos criminales. Sin embargo, el suyo podría estar en relación con otro que llevo entre manos. Por eso he pedido permiso al teniente Mac Cain para hablar con usted.

—Entiendo —murmuró Cynthia—. Puede preguntar, señor Faith.

—Se trata de... de lo que sucedió hace dos noches. Mi amigo Mac Cain me ha dicho que usted no recuerda nada de lo sucedido.

—Así es. Dicen que yo maté a Norman Ford, pero no hay en mi mente el menor recuerdo del hecho.

—¿Cómo puede ser eso? ¿Ha padecido amnesia alguna vez? —se asombró Faith.

—No, nunca. Pero no puedo darle más explicaciones. Ni yo misma comprendo lo que me sucede. Mis primeros recuerdos empiezan a partir del momento en que me encontré entre los policías, en un despacho oficial...

—¿Y antes? Quiero decir, en los momentos precedentes al suceso.

Cynthia se mordió los labios.

—Hice vida normal —contestó—. Estuve trabajando hasta las cinco de la tarde en la oficina en donde estoy empleada. Luego fui a casa y me bañé y me cambié de ropa. Después...

—¿Sí? —dijo Faith anhelantemente.

—Ya no recuerdo más.

—Veamos, señorita Upton. Dice que trabajó hasta las cinco y, supongo, ese extremo habrá sido comprobado ya por la policía. ¿A qué hora llegó a su casa?

—Sobre las cinco y media, es lo que suelo tardar

ordinariamente.

—Después se bañó y cambió de ropa... ¿Qué tiempo empleó en esas operaciones?

—Oh, yo diría que una hora, quizá un poco más.

—Es decir, terminó algo antes de las siete.

—Sí, señor.

—Y ya no recuerda nada más, absolutamente nada más.

—No, señor Faith.

Hubo un momento de silencio. Faith se tironeaba del labio inferior.

De pronto, se le ocurrió una idea.

—Señorita, ¿se ha sometido usted alguna vez a tratamiento psiquiátrico?

—Sí, hace un par de meses. Tenía unos fuertes dolores de cabeza y el médico de la empresa me dijo que probablemente se debía a ciertos trastornos de origen psíquico.

—¿Cuál era la causa de esos trastornos?

—Bueno, yo estaba en vías de ascender a un puesto superior y mejor remunerado y temía no conseguirlo. El médico me aconsejó consultar a un psicoanalista.

—Y lo hizo así.

—En efecto, y se me fueron las jaquecas.

—Evidentemente, un buen médico —sonrió Faith—. ¿Puede darme su nombre y dirección, señorita Upton?

—Sí, señor. Es la doctora Roberts, Heavytree, seiscientos once, última planta.

Faith se quedó parado. Aquella era la dirección de su amiga Elyanne Puck.

* * *

Desde su casa, llamó a Elyanne.

La joven no contestó en persona. Una grabadora automática le recomendó dejara su mensaje. Faith, después de hacerlo así, se reclinó en el sillón y meditó largamente.

¿No se habría equivocado Cynthia?, se preguntó. En la calle Heavytree, 611, ático, vivía Elyanne Puck, un nombre muy poco parecido al de Martha Roberts. ¿Por qué aquel enigma?

Pero, por otro lado, ¿por qué iba a preocuparse él por dos asesinatos que no le interesaban en absoluto? Le suyo era el caso Mowski... y los tres millones de cierta misteriosa operación comercial, de la que aún no había podido averiguar en qué consistía.

Al cabo de unos momentos, agarró el teléfono y marcó un número. Una voz masculina le contestó a poco.

—Sbinger —dijo el otro.

—Hola, Theo —dijo Faith—. ¿Cómo va el asunto?

—Mal, Dane. Estoy como el primer día.

—¿Es posible? —se sorprendió el joven—. Si mal no recuerdo, tú eras uno de los mejores...

—Un acantilado puede resistir siglos enteros los embates de las olas antes de cambiar de perfil, Dane. Eso es lo que me sucede a mí.

—No seas poético, Theo. Baja de las nubes.

—¡Qué más quisiera yo! Cuando termine, tanto si salgo adelante, como si no, te pasaré una factura suplementaria por aspirinas para tomar durante el día y sedantes para poder dormir sin pesadillas. ¡Ese maldito cuaderno me va a volver loco, créeme!

Faith se echó a reír al escuchar las atribuladas palabras de su amigo.

—Está bien, abonaré las medicinas aparte. ¿Puedo pedirte un favor... suplementario?

—Si no es demasiado trabajo, por supuesto.

—Fotografía el cuaderno, página por página. Inclúyelo en la factura.

—Está bien, así lo haré, Dane.

Faith colgó el teléfono. La cabeza empezaba a dolerle, después de tanto pensar, y decidió salir a la calle.

Apenas lo había hecho, un hombre se le acercó.

—¿Señor Faith? —dijo—. Le ruego me acompañe sin escándalo. El señor Mowski quiere hablar personalmente con usted.

Faith miró un momento al individuo. Junto a la acera había parado un coche largo y negro, cuyo motor ronroneaba imperceptiblemente. Tras el volante se divisaba a un sujeto de cara de palo.

—Supongo que no me queda otro remedio que acceder a la invitación —dijo Faith, después de un intervalo de silencio.

El desconocido hizo un gesto con la mano.
—Tengo el coche ya preparado, señor —dijo.

* * *

Los dos hombres se contemplaron mutuamente durante unos instantes, separados por una mesa de despacho de enormes dimensiones. Era la mesa adecuada para Bert Mowski, macizo, cuadrado, de cejas como cepillos y mandíbula de granito.

—Creí que se resistiría a venir aquí —dijo Mowski, rompiendo el silencio.

—¿Por qué? —sonrió Faith—. Hablar con la gente, aunque se trate de un enemigo, siempre es agradable.

—Depende del asunto, claro.

—Oh, sí, desde luego.

Mowski extendió una mano velluda, en ademán de pedir algo.

—El cuaderno —dijo.

Faith separó los brazos del cuerpo.

—Haga que me registren sus hombres —invitó.

—Ya me supongo que no lo tiene encima. Lo que quiero es que me diga dónde está.

—No, Mowski.

—Tengo medios para arrancarle la respuesta que deseo.

—Empiece cuando guste.

De pronto, Mowski se reclinó en el asiento, cruzó las manos sobre el vientre y miró fijamente a su interlocutor.

—Me gustan los hombres como usted —dijo—. ¿Por qué no se emplea conmigo?

—No podría conservar la comida en el estómago. Acabaría muriendo de inanición.

Los ojos de Mowski emitieron un destello de furia, al comprender el mordaz sentido de la respuesta. Pero no varió de postura.

—Ese cuaderno, hoy, no le sirve a usted de nada —dijo.

—Hoy, tal vez no. Pero sí puede servirme mañana.

—No lo conseguirá, Faith. Está en clave y solo una persona conoce esa clave.

—Usted, claro.

—Así es.

—La clave se puede encontrar...

El grueso y velludo índice se apoyó sobre la frente.

—La clave está aquí —dijo Mowski significativamente.

—Muy interesante. ¿Eso es todo?

—Todavía me queda por decirle una cosa, Faith.

—Hable, le escucho.

Mowski consultó su reloj de pulsera.

—Son las nueve y media de la noche —dijo—. Tiene de tiempo hasta pasado mañana, a la misma hora.

—¿Qué sucederá pasado mañana, a las nueve y media?

—Un minuto más tarde, si no me ha devuelto el cuaderno, morirá.

—Lo tendré en cuenta. ¿Puedo marcharme?

Mowski hizo un ademán generoso.

—Incluso tiene el gasto pagado, si se quiere quedar —sonrió.

—Gracias, magnánimo.

Faith dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, Mowski le llamó:

—Faith.

El joven se volvió.

—¿Cómo adivinó que Cooley era uno de mis confidentes? —preguntó Mowski.

—¿Cómo supo usted que yo estaba en aquel hotel?

—Tiene usted razón. Y déjeme decirle que su manera de escapar de allí fue muy ingeniosa.

—Cooley no hablaría así, si pudiera hacerlo —sonrió Faith.

Thyde y Peterson estaban al otro lado. Los dos pistoleros le miraron rencorosamente.

Ambos tenían una cosa en común: la hinchazón de sus apéndices nasales, todavía amoratados.

Faith soltó una risita insultante. Pero ninguno de los dos pistoleros hizo el menor gesto ofensivo; ambos, según pensó el detective, debían de tener órdenes concretas al respecto.

* * *

Elyanne Puck abrió la puerta y miró sorprendida a Faith.

—¡Dane! ¿Tú aquí? ¿Cómo vienes a estas horas? —exclamó.

—Te llamé por teléfono y estabas ausente...

—Lo sé. He escuchado los mensajes de la grabadora automática.

¿Te ocurre algo?

—Sí, quiero hablar contigo.

—¿Ahora?

Elyanne miró instintivamente su reloj de pulsera.

—Son casi las once de la noche —agregó, de modo significativo.

—Es cuestión de unos minutos tan solo, hermosa —sonrió él—.

Por favor.

—Está bien, entra. Te ruego seas breve; estoy algo cansada, pero, aun así, antes de acostarme, tengo que estudiar un par de historias clínicas. Son dos casos interesantes y quiero resolverlos con éxito.

—Se comprende —dijo Faith—. Elyanne, me han dicho que una tal doctora Roberts, psicoanalista, tiene aquí su consulta...

—Oh, te refieres a Martha Roberts, ¿verdad?

—Sí. ¿La conoces tú?

—Claro que la conozco. Lo que sucede es que está temporalmente ausente de Carnwallton, Dane.

Faith miró perplejo a la hermosa doctora.

—No entiendo —declaró.

—Es bien sencillo. Ella tiene su consulta aquí, pero en días alternos a los que yo recibo a mis clientes. De este modo, ambas ahorramos un poco en nuestros gastos —Elyanne lanzó un profundo suspiro—. No puedes imaginarte lo caro que es el alquiler de este ático.

—Ah, ahora lo veo un poco más claro...

—Recibimos, como te digo, en días alternos. El día que yo no tengo visita de clientes, estudio sus historiales y preparo los tratamientos adecuados. Ella hace lo mismo, pero, claro, no vive aquí.

—Antes has dicho que está fuera de la ciudad.

—Tardará un par de semanas, quizá más. Es muy buena amiga mía, a pesar de que me lleva quince años. Pero en sus asuntos familiares no es demasiado explícita. Sin embargo, creo que se trata de algo referente a una herencia un tanto embrollada.

—Sí, claro. Bien, no quiero molestarte más, Elyanne. Gracias por

todo

—Ven otro día, cuando tenga más tiempo —sonrió ella—. Y, por cierto, ¿qué te interesa de la doctora Roberts?

—Parece que atendió un caso análogo al de Amy Brent —respondió el visitante.

* * *

—¿Todavía no me dice nada nuevo, Dane?

—Paciencia, Myra —aconsejó Faith a través del hilo telefónico.

—Aquí estoy, además de mortalmente aburrida, espantosamente inactiva. Voy a engordar...

—Pues no crea que le iría mal ganar tres o cuatro kilos. Estaba usted transparente.

—Dane, no bromea con mi silueta —se enfadó Myra.

—Hablo en serio, muchacha. Repito: paciencia.

—Sí, pero, ¿hasta cuándo?

—Voy a darle una buena noticia: mañana iré a visitarla. Pasaré el fin de semana a su lado. Habitaciones separadas, por supuesto.

—No me fío. Pondré una barricada en la mía cuando me vaya a dormir.

—Eso no le servirá de nada. Tengo un par de cartuchos de dinamita y volaré la puerta y todos los obstáculos.

—¿Dinamita? ¿Es cierto, Dane?

Faith soltó una risita.

—Sí, la uso para pescar truchas, cuando tengo prisa —contestó.

Y colgó el teléfono.

Era cierto que guardaba un par de cartuchos de dinamita en su casa de campo, pero no había usado jamás el explosivo. Procedían de un pescador furtivo, sorprendido por un guardabosques amigo de Faith. El guardabosques le había dicho que conservase unos días la dinamita en la casa, pero luego se había olvidado del asunto. Y Faith, por otra parte, no lo había recordado hasta el momento en que ella le mencionó la supuesta barricada.

CAPÍTULO VI

Estaba a punto de irse a la cama, cuando sonó el teléfono.

Era Mowski.

—Faith, por lo visto, ha cambiado de opinión —dijo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó el joven, fingiendo ingenuidad.

—Recibí el cuaderno esta tarde. No he podido agradecerérselo hasta ahora.

—Oh, no tenía que haberse molestado. Lo he hecho con mucho placer.

—Con el mismo placer que al que le arrancan un diente sin anestesia, ¿no es cierto?

—Usted quería arrancarme algo más que un diente. Le he evitado una molestia.

—Celebro su prudencia, Faith. La buena suerte no dura siempre.

—Sí, eso mismo pienso yo. Buenas noches, Mowski.

—Buenas noches.

Faith sonrió mientras se metía en la cama. Se despreocupó de Mowski y empezó a pensar en Myra Craven.

Era mucho más agradable

Cerca de las dos de la madrugada, Mowski tuvo necesidad de hacer un par de anotaciones en el cuaderno que Faith le había quitado tan hábilmente un par de semanas antes. Abrió la caja en que lo guardaba, puso el cuaderno sobre la mesa y lo abrió.

Un papel de color amarillo fuerte apareció inmediatamente ante sus ojos. Mowski estaba seguro de que jamás había estado allí nada semejante y frunció el ceño.

El papel era de forma alargada y parecía haber sido colocado allí como señal, siendo después olvidado. Esto no le preocupaba demasiado; harto sabía que Faith había leído más de diez veces el cuaderno, sin obtener ningún éxito.

Lo que sí le preocupaba era el color del papel. Había formado parte del envoltorio de un rollo de película, fabricado por una conocida empresa del ramo.

Una vena se puso a latir en su sien con fuerza. En un segundo, lo

comprendió todo:

—¡Han fotografiado el cuaderno! —rugió.

* * *

Con el semblante enrojecido por la excitación y el ejercicio, Myra Craven subió los escalones de dos en dos y abrió la puerta, para que Faith pudiera pasar, cargado con los trebejos de pesca y las cuatro magníficas truchas conseguidas durante la jornada.

—Va a ser una cena magnífica —exclamó jubilosamente.

—¿Cuánto tiempo hace que no come usted truchas fritas, Myra? —preguntó Faith.

—Oh, ni me acuerdo. A veces pienso que jamás las he probado... pero, no se preocupe, no soy mala cocinera.

—Eso es algo que suena de manera muy interesante. Voy a recoger todo y luego limpiaré las truchas.

—Sí, mientras tanto, me voy a retocar un poco. Oiga, tengo que decirle otra vez que le envidio esta casita, Dane.

Faith la miró con expresión sonriente.

—Se ve que no está acostumbrada a vivir en el campo —opinó.

—Soy una repulsiva habitante de la selva de cemento —contestó ella con una alegre carcajada—. Pero en estos tres o cuatro días, he respirado aire puro por primera vez en mucho tiempo y me he tostado, agradablemente, creo.

—Sí, estaba muy pálida —reconoció él—. Bueno, vaya a arreglarse: yo también voy a cambiarme un poco.

Media hora después, se reunían de nuevo. El sol se acercaba ya al horizonte cuando Myra puso la sartén al fuego.

Faith preparaba entre tanto unas bebidas. De pronto, al levantar la vista, divisó a lo lejos un automóvil negro que se acercaba a la casa.

Una oscura sensación de alarma latió de pronto en su ánimo. El camino que conducía a las zonas más altas pasaba de largo a lo lejos. Por tanto, el coche venía directamente a la casa.

«Y como no espero a nadie, es de suponer que los ocupantes de ese coche no sean amigos», dedujo.

—¡Myra! —gritó en voz alta.

—¿Sí, Dane? —contestó la muchacha desde la cocina—. La

mantequilla ya está caliente ...

—Deje ahora la cena Viene gente.

Myra se alarmó y corrió hacia la parte delantera de la casa.

—¿Qué pasa? ¿Quiénes son? —preguntó.

—Yo diría que se trata de los secuaces de Mowski... Sí, ahí está Matador. Y Tony Torino también forma parte de la expedición.

Myra creyó que se quedaba sin aliento.

—Dane, ¿qué es lo que quieren de nosotros? —preguntó.

—Ellos no saben que usted está aquí. Me buscan a mí —contestó el joven sombríamente—. Y no tengo encima más que las cañas de pescar para defenderme...

Un súbito chispazo iluminó su mente.

—Aguarde aquí, Myra —pidió.

Faith corrió hacia el interior de la casa. Myra contempló, temblorosa, a los tres individuos que se habían detenido con aire dubitativo a unos veinte pasos.

Uno de ellos se destacó y gritó:

—¡Faith! ¿Está ahí? Si es así, salga con las manos en alto. No intente gastarnos una jorreta o le acribillaremos a balazos.

* * *

Dane Faith regresó a la sala. Atónita, Myra observó que el joven llevaba en las manos dos cilindros de un color peculiar.

—Dinamita —dijo él sobriamente.

—Entonces, no era broma...

Los pistoleros se impacientaron.

—Tony, ve por la parte trasera —ordenó Russ.

Torino obedeció. Russ volvió a gritar:

—¡Conteste, Faith! Sabemos que está ahí, así que es inútil que trate de disimular.

—Matador, voy a darle un consejo. Váyanse o volarán en pedazos, ¿me ha entendido?

—¿Acaso tiene dinamita? —se burló Peterson.

Myra habló en voz baja:

—Uno de ellos ha ido por la parte de atrás, Dane.

El joven vaciló un momento. De pronto, observó un movimiento entre los forajidos.

—Agáchese, Myra —dijo, en el momento en que lanzaba el primer cartucho a través de la ventana.

Russ y Peterson lanzaron un aullido de pánico al ver la estela humeante que dejaba el cilindro en su trayectoria. Enloquecidos por el terror, escaparon a toda velocidad, lanzándose luego al suelo.

La dinamita explotó fragorosamente. Dos o tres cristales de las ventanas delanteras volaron por los aires. Los de las ventanillas del lado derecho del automóvil negro, así como el parabrisas, quedaron convertidos en minúsculos pedacitos blancos.

—Me he quedado sorda —se quejó Myra, todavía tumbada en el suelo.

Faith no dijo nada. Dejó el otro cartucho en el suelo, al pie de la ventana, y corrió hacia la cocina.

La puerta trasera se abrió cautelosamente en el momento en que él entraba en la pieza. Dada la posición de los hornillos, la puerta quedaba a su izquierda.

Una mano armada asomó justo cuando Faith alargaba la suya hacia la sartén, con la mantequilla hirviendo. El contenido de la sartén voló por los aires.

Se oyó un aullido espantoso. Torino empezó a dar unos saltos frenéticos, con la mano abrasada por el hiriente líquido. Faith saltó hacia él y lo lanzó al exterior de un tremendo puntapié.

La pistola había quedado en el suelo. Faith la cogió, con la ayuda de un paño. Limpió un poco la culata y volvió de nuevo hacia la parte delantera.

—Las cosas han cambiado ya un poco —dijo.

Fuera sonaron varios disparos. Las balas entraron en el salón y rompieron un jarrón y descolgaron un cuadro.

—Están detrás del automóvil —informó Myra.

—¿Sí? Entonces, voy a desalojarlos de su posición.

Faith agarró el segundo cartucho. Sacó un fósforo y prendió la mecha. Esperó unos segundos y luego lo arrojó a través de la ventana.

—¡Cuidado, dinamita! —gritó.

Peterson y Russ corrieron por segunda vez, enloquecidos de pavor. La dinamita explotó justo bajo el automóvil, que empezó a arder de inmediato.

Les dos forajidos empezaron a levantarse, abrumados por los

contraataques de que eran objeto. De pronto sonó un tiro y Russ se llevó una mano al brazo izquierdo.

—¡Levanten las manos! —ordenó Faith.

Russ maldecía profusamente. Peterson dudó un momento, pero acabó por tirar su pistola.

—Acérquense a diez pasos de la casa y pongan las manos sobre la nuca —dijo el joven.

Los pistoleros, desmoralizados, obedecieron. Faith entregó el arma a la muchacha.

—Tire sin miedo si se mueven —indicó.

Myra hizo un gesto de aquiescencia. Faith volvió a la parte posterior, salió fuera y agarró a Torino por el cuello de la chaqueta.

El pistolero gemía sordamente. Faith lo empujó sin contemplaciones hasta el otro lado de la casa.

—No vuelvan a molestarme —dijo el joven severamente—. La próxima vez, seré menos compasivo.

Russ y Peterson miraron la mano de Torino, roja a causa de las quemaduras producidas por la mantequilla hirviente. Los ojos de Torino estaban inundados de lágrimas.

—Apártense a treinta pasos —ordenó Faith—. Y no olviden, hay una pistola que les apunta desde la casa.

Peterson tuvo un arranque e intentó lanzarse contra el joven, pero Faith le echó encima a Torino. Los dos hombres rodaron por el suelo en confuso montón.

Faith corrió velozmente hacia el otro lado del coche en llamas y se apoderó de dos pistolas. Con ellas en las manos, apuntó a los pistoleros.

—Aléjense treinta pasos. No lo repetiré más —dijo secamente.

Esta vez, la orden fue obedecida sin discusión. Faith llamó a la muchacha:

—Myra, prepare rápidamente su equipaje y el mío. Luego traiga aquí mi coche.

—Está bien, Dane.

Minutos más tarde, los dos jóvenes estaban listos a partir. Antes de arrancar, Faith se dirigió a los abatidos pistoleros.

—Pueden entrar en la casa y registrarla a conciencia —dijo—. No encontrarán lo que buscan, puedo garantizárselo. Pero dejen todo en orden; no se les ocurra causar el menor destrozo, o pegaré

fuego al local de Mowski.

No hubo respuesta. Segundos más tarde, el vehículo rodaba a toda velocidad en busca de la carretera que conducía a Carnwallton.

CAPÍTULO VII

—Ha sido usted muy listo, Faith, pero no reirá el último —rugió Mowski a través del teléfono.

—Mala suerte, en tal caso —replicó el joven, impasible.

—Acabará mal, se le aseguro...

—Peor acabará usted.

—No dará con la clave. Ha perdido el tiempo.

—Entonces, ¿por qué tanto empeño en quitarme de en medio?

Mowski se quedó cortado. Aprovechando su indecisión, Faith continuó:

—¿Se ha parado usted a pensar siquiera que también puedo obtener la clave?

—Lo dudo mucho...

—Buscaré la ocasión oportuna. Entonces se lo demostraré, Mowski. Y ahora, basta de charla; usted apesta hasta por teléfono.

Faith volvió el aparato a la horquilla con un seco golpe, irritado por las amenazas de Mowski. Pero su irritación también tenía otras causas.

Theo Slinger no había dado todavía con la clave. Había sido, en tiempos, uno de los más expertos criptógrafos de la Armada.

—Y basta la simple clave ideada por un *gangster* sin escrúpulos, para tenerle completamente atascado, con nulas posibilidades de éxito —maldijo entre dientes.

De pronto llamaron a la puerta.

Faith se levantó y abrió. Un hombre alto, de aspecto distinguido, vestido con gran elegancia, apareció ante sus ojos.

—¿Hablo con el señor Faith? —preguntó el visitante.

—En efecto, señor...

—De Brandin, Raymond de Brandin. Tengo necesidad de conversar con usted, señor Faith. Es decir, si no tiene inconveniente.

—Ninguno —accedió el joven—. Pase, por favor.

De Brandin se quitó el sombrero gris perla, que hacía juego con los guantes que cubrían sus manos. En la derecha llevaba un bastón con puño de marfil.

Faith indicó una silla a su visitante. De Brandin se ocupó un instante de la raya de sus bien planchados pantalones y luego empezó a descalzarse los guantes con afectada parsimonia.

—Señor Faith, vengo a hacerle una proposición de veinticinco mil dólares —dijo, sin alzar la voz.

—Me corta la respiración —sonrió el joven—. ¿Qué he hecho yo para merecer una suma tan enorme?

—Tiene algo en su poder, que me interesa extraordinariamente. A usted le parecerá una cifra elevada, pero, comparado con lo que yo puedo ganar, veinticinco mil dólares son una futesa.

Faith arqueó las cejas inquisitivamente.

—Perdón —continuó Brandin—. No debí haber dicho ganar, sino perder.

—No entiendo —dijo Faith, perplejo.

—Quise decir que veinticinco mil dólares no es nada comparado con lo que yo puedo perder.

—Y... ¿qué puede perder, señor De Brandin?

—¡La vida! —exclamó el visitante con énfasis dramático.

Faith abrió la boca.

—No, no estoy loco —sonrió De Brandin—. Le he dicho la pura verdad.

—Pero todavía no sé qué es lo que quiere —alegó el joven.

De Brandin se inclinó hacia delante.

—El cuaderno que robó a Mowski —dijo.

Hubo un instante de silencio. Faith estudiaba con todo detenimiento el rostro de su interlocutor.

—¿Qué —exclamó De Brandin—, le parece poco dinero?

—Continúa pareciéndome una suma exorbitante. Lo que sucede es que ya no tengo el cuaderno en mi poder.

—No le creo, señor Faith.

Impasible, De Brandin sacó un talonario de cheques y lo situó sobre la mesa.

—Treinta mil —dijo.

—No, lo siento.

—Treinta y cinco...

El joven se puso en pie.

—Por favor, señor De Brandin —cortó secamente.

De Brandin pareció perder de repente buena parte de su energía.

Faith creyó ver en el individuo síntomas de desmoralización.

—Pero ¿qué le sucede? —exclamó—. ¿Por qué no se franquea conmigo?

—He hecho mi última tentativa —dijo De Brandin tristemente—. Cualquier día amaneceré muerto, con el pecho lleno de balas.

—Puede ir a la policía, a pedir protección...

—¿Me dará la policía el cuaderno que busco?

Faith intuyó la verdad.

—Ese cuaderno sería un arma en sus manos, ¿no es así? —preguntó.

—En efecto.

—Pero ¿qué es lo que contiene, señor De Brandin?

—¿Cómo? ¿No lo ha leído usted?

—Está en clave.

De Brandin abrió la boca, estupefacto.

—No lo sabía —declaró.

—Y, además, se lo devolví a Mowski. Me dio de plazo cuarenta y ocho horas. Iba en serio; me hubiera matado si no se lo devolvía.

Faith no quería descubrir todas sus cartas. De Brandin podía estar desempeñando un papel de hombre perseguido. Aparentaba sinceridad, pero no convenía fiarse.

Y no le iba a decir que tenía copias fotográficas de todas y cada una de las páginas del famoso cuaderno.

—Entonces, he perdido el tiempo —dijo De Brandin.

—Me temo que sí —contestó Faith—. Pero si necesita protección policial, vaya al teniente Mac Cain, es muy buen amigo mío y no dudará...

—Gracias, ya me arreglaré como pueda. Lamento haberle hecho perder su tiempo, señor Faith.

El visitante se dispuso a abandonar el despacho.

—Un momento —dijo Faith—. Señor De Brandin, ¿es Mowski el que quiere asesinarle?

—Si se lo dijera, me llamaría chiflado. Pero evitaré ese calificativo, porque no puedo decírselo. Adiós.

De Brandin se despidió. Faith se quedó muy preocupado.

Myra también se preocupó al conocer la entrevista.

—Es extraño —comentó—. ¿Por qué tiene miedo De Brandin?

—Me da la sensación de que lo conoces —dijo Faith—. ¿Es cierto, Myra?

—Tuvo tratos comerciales con Sage. Incluso fueron socios en un par de negocios, pero luego disolvieron estas sociedades.

—¿Conoce usted a los otros socios?

Myra se concentró un momento.

—Ford era uno de ellos... Thurmond también... Por el momento no recuerdo más, Dane, pero ya procuraré hacer memoria —contestó.

—Tendría gracia que fuese Sage quien estuviese procurando eliminar a sus antiguos consocios —dijo el joven.

—Eso no tiene nada que ver con los negocios —alegó Myra—. Se trata, simplemente, de dos casos de celos.

—¡Hum! Yo pensaba que usted opinaba de otra manera...

—No hay que buscar motivos raros, cuando los auténticos saltan a la vista. Tanto Ford como Thurmond eran sujetos con bastantes amistades femeninas. ¿Se ha percatado usted de que ninguno de los dos estaba casado?

—¿Y De Brandin?

—Sí, ese sí está casado. Conozco a su esposa. Es muy guapa.

—¿Y su domicilio?

Myra le facilitó la dirección. Faith la anotó en su agenda.

—Iré a visitarla cuando su esposo esté en el trabajo —manifestó.

Theo Sbinger entró en aquel momento. Era un hombre de casi cuarenta años, algo cargado de hombros y medio calvo. Unos lentes de gruesos vidrios cabalgaban sobre su nariz un tanto picuda, lo que le confería un cierto aspecto de búho sabio.

—Hola, pareja —saludó—. Creo que empiezo a tener una pista.

Los ojos de Faith brillaron.

—Ya era hora de que te oyese algo bueno —dijo—. ¿Tienes para mucho todavía?

Sbinger hizo un gesto ambiguo.

—No puedo asegurar nada todavía —contestó—. Pero repito que esta vez me parece haber dado con una buena idea. He de comprobarla todavía y no será cosa de cinco minutos precisamente.

—Está bien, me armaré de paciencia —suspiró Faith, a la vez

que se ponía en pie—. Espero que la compañía de Myra no represente ninguna molestia para ti, Theo.

—Es una chica muy bien dispuesta. Me evita el trabajo de cocina, ahora que mi mujer ha ido a visitar a su madre, nada menos que a Oregón —dijo Sbinger con una risita.

—Myra estará en tu casa pocos días, lo justo para terminar este asunto —prometió el joven.

—¿Va a visitar a la señora De Brandin? —preguntó ella.

—Ahora mismo, si ella está visible —respondió Faith con acento decidido.

* * *

La puerta del piso se abrió lenta y silenciosamente. Unos ojos escrutadores contemplaron la figura de Myra Craven, sentada casi de espaldas a la entrada, con una revista en las manos.

El individuo terminó de abrir. Hizo un gesto y dos más entraron tras él.

Myra presintió de repente que no estaba sola. Fue a levantarse, pero una mano puso ante su cara un trozo de algodón empapado en un líquido de olor dulzón.

La muchacha se debatió desesperadamente. Varias manos más la sujetaron por el resto del cuerpo y por las piernas.

El cloroformo hizo efectos momentos más tarde. Los miembros de Myra se relajaron y su respiración se hizo rítmica y acompasada.

Barry Thyte hizo una señal a sus compinches. Russ y Peterson cargaron con Myra y se la llevaron en silencio.

Acto seguido, Thyte avanzó paso a paso hacia la puerta opuesta a la de entrada. Abrió y divisó a un sujeto sentado a una mesa, armado de un lápiz, con el que trazaba continuamente signos sobre un papel.

Frente a él, se veían numerosos trozos de cartulina, de forma rectangular, la mayoría sujetos en un bloque con una pinza metálica. En aquel momento, Sbinger consultaba la reproducción fotográfica de una de las páginas del cuaderno.

De pronto, Sbinger se dio cuenta de que no estaba solo. Volvió la cabeza y divisó al hombre armado en el umbral.

Sus manos se levantaron en silencio. Thyte soltó una risita.

—Así me gusta —dijo—. Levántese y sepárese de la mesa —ordenó.

Sbinger obedeció y se situó en la pared del otro lado. Thyte se aproximó a la mesa.

Contempló un instante las reproducciones fotográficas. Luego miró a Sbinger.

—Un bonito truco, fotografiar todas las páginas del cuaderno —dijo.

Sbinger se encogió de hombros, en silencio. No valía la pena contestar al intruso. En cambio, sí temió por la suerte de Myra.

Thyte reunió con una mano todos los papeles que había sobre la mesa. Había más pinzas metálicas y las aprovechó para reunirlos, de modo que no se le desparramasen en el camino.

—Bien, aquí se acaba la historia del cuaderno —dijo.

Y apretó el gatillo.

El disparo sonó con menos potencia que un taponazo de champaña, debido al silenciador del arma. La cara de Sbinger se contorsionó en una mueca de insufrible dolor.

Sus manos fueron en el acto al lugar de la herida, cinco centímetros por encima del cinturón que sujetaba sus pantalones. Se le doblaren las rodillas y rodó por tierra.

Thyte le volvió la espalda y salió con el mismo sigilo que había entrado. Con un pañuelo, limpió los pomos de la puerta y luego, tranquilamente, se encaminó hacia el ascensor.

Al cabo de unos minutos, Sbinger se movió ligeramente. Hizo un poderoso esfuerzo, se arrastró hacia la mesa y, agarrándose al borde, empezó a levantarse.

Todavía tuvo fuerzas para empuñar el lápiz y escribir algo sobre un papel. Momentos después, sintió que todo daba vueltas a su alrededor y rodó por tierra, quedándose inmóvil al pie de la mesa.

CAPÍTULO VIII

—¿Mi esposo? Le detesto profundamente —declaró Carol de Brandin sin rodeos.

Faith enarcó las cejas.

—Me ha parecido un hombre apuesto —comentó.

—Oh, sí, lo es. Pero solo tiene fachada... ¿Quiere otra copa, Dane?

Faith se sentía molesto y hasta turbado por la familiaridad con que le trataba aquella hermosa mujer. A Carol le brillaban los ojos de un modo singular y no solo por las dos o tres copas de más que llevaba sobre el cuerpo.

El abundante pelo negro de Carol estaba peinado sofisticadamente. Tenía una edad comprendida entre veintiocho o treinta y dos años, calculó Faith, y su hermoso cuerpo, estaba seguro, se hallaba cubierto solamente por un más que audaz vestido rojo, sin espalda, y sostenido por dos apenas visibles hombreras de hilo negro. El escote, una «V» interminable, llegaba a la cintura.

—Bueno, si no le importa...

La casa de los De Brandin era grande y lujosa. Ganaba dinero en abundancia, pensó el joven.

Carol se sentó en uno de los altos taburetes del bar

—Acérquese, hombre —invitó—. ¿O me tiene miedo? —se burló de él—. No soy tan fea, creo.

—Es muy hermosa, señora...

—¿Es que no le gustan a usted las mujeres hermosas, Dane?

Faith suspiró. Él no había ido allí precisamente para una aventura amorosa. Y no tenía ganas tampoco de que el esposo de Carol les sorprendiese en una situación inconveniente.

—Sí, señora —dijo.

—Llámeme Carol, hombre. Todavía no tengo la edad de una abuela —rio ella con risa estridente.

Le entregó una copa. Carol tomó un largo trago de la suya.

—Mi consuelo —dijo—. El alcohol. Mi marido no me atiende y...

—Ese vicio se puede curar con relativa facilidad, Carol —

aconsejó Faith.

—Sí, ya lo estoy haciendo. Precisamente hoy vendrá mi psiquiatra. Me trata en casa, ¿sabe?

—Le costará una fortuna, Carol.

Ella hizo un gesto de indiferencia.

—Lo paga mi marido. Para eso gana dinero —contestó.

—De modo que el psiquiatra le trata su afición al licor —dijo el joven.

—Sí, pero consigue muy poco. Claro que sus visitas me distraen... pero me distrae más la suya, Dane. Vamos, hombre, acérquese un poco más todavía. No le voy a quemar —exclamó Carol, riendo de nuevo.

Los ojos de la mujer sí ardían, pensó Faith.

—Su esposo, ¿está amenazado de muerte, Carol? —preguntó de repente.

—Sí, por mí —contestó ella con otra carcajada—. Cualquier día de estos le sacaré los ojos con la mano y le echaré plomo fundido en la boca.

—¿Por qué no habla en serio? —pidió Faith, tratando de contener el enojo que le causaba la actitud de la mujer.

—¡Pero si estoy hablando en serio: Detesto a mi marido y estoy ansiosa de quedarme viuda. Claro que todavía no he dado con la idea para él crimen perfecto, pero todo se andará, créame, Dane.

—¿Sabe si tiene relación con Sage?

—La tenía, en tiempos. Ahora, no lo sé; no me ocupó de sus negocios. Ni me importan en absoluto. Oiga, Dane, ¿qué le parece mejor para liquidar a un esposo, sin que se sepa que es asesinato? ¿Puñal, veneno, pistola... o un cable eléctrico conectado a la bañera llena de agua?

Faith no sabía a qué carta quedarse.

Ella, de súbito, saltó del taburete y se colgó de su cuello.

—Estoy sola, muy sola... —musitó—. Es horrible tener un esposo tan detestable...

El aliento de Carol olía a alcohol. Pero sus ojos brillaban por algo que no era debido precisamente al licor ingerido.

De pronto, llamaron a la puerta.

Carol hizo un gesto de enojo.

—Ya está ahí esa inoportuna —dijo.

—¿Quién? —preguntó Faith.

—Mi psicoanalista, la doctora Grunner.

—Ah, es una mujer...

—Claro, ¿qué más adecuado que una mujer para comprender a otra persona del mismo sexo? ¿Volverás otro día? —preguntó Carol, mimosa.

—Por supuesto. La... te llamaré antes por teléfono.

La campanilla de la puerta volvió a sonar. Carol suspiró.

—Hoy no necesitaba psiquiatra, pero no la puedo despedir —se resignó.

Se separó del joven y señaló la puerta del fondo.

—Cruza la casa y sal por detrás —indicó—. Puedes dar la vuelta por el jardín. No quiero que te vea la doctora Grunner.

—¿Es inconveniente que me vea contigo?

—Ella trata de conseguir que yo vuelva a querer a mi esposo. Se sentiría frustrada si me viera con otro hombre —explicó Carol.

La frustración de Faith era aún mayor cuando abandonaba la casa, sin haber conseguido nada importante. Al joven no le cabían en la cabeza ciertas cosas. Un hombre apuesto, en la flor de la edad, y una mujer joven y muy hermosa... y ambos con dinero, ¿qué más diablos podían pedir?, se preguntó disgustado.

Poco después, llegaba a casa de su amigo y lo encontraba tumbado en el suelo, al pie de la mesa, sobre un charco de sangre.

De Myra no había el menor rastro... salvo un tenue olor a cierta droga, que Faith no tardó mucho en identificar.

* * *

Una singular sonrisa apareció en los rojos labios de Sandra Hynne cuando vio ante la puerta a Dane Faith.

—Sinceramente, no te esperaba. Por ello me alegro más todavía —dijo, tirando de él hacia el interior de la casa.

—Sandra, no deseo defraudarte, pero... he venido a un asunto muy distinto del que te piensas.

Ella cerró la puerta y le miró con expresión inquisitiva.

—¿Qué te sucede, Dane? —preguntó.

—Mowski ha raptado a una buena amiga mía. Imagino que no la tiene en el Sturm. Quizá tú conozcas algún sitio donde se pueda

esconder a una persona.

—Nunca me gustó Bert Mowski —declaró Sandra—. Pero el sueldo que gano es estupendo y... ¿sabes algo de los tres millones, Dane?

—Por favor —dijo él—. Se trata de la chica secuestrada. Eso es lo que importa ahora, compéndelo.

—Sí, claro. ¿Tu novia?

—No, una colaboradora.

—Creí que trabajabas solo, Dane.

—No siempre. A veces, necesito colaboración.

—Entiendo. Dane, el único sitio que se me ocurre donde puedan tenerla es su villa en los Sandrigham Mounts. Te diré cómo se va allí, pero ten cuidado con los sabuesos: son dos fieras peor que tigres hambrientos.

—Ah, se ve que cuida bien la villa.

—Más todavía. Los mastines están entrenados para no comer otros alimentos que los que les proporciona su cuidador, así que olvídate de las pelotas de carne picada y mezcladas con narcótico.

Faith torció el gesto.

—Más dificultades —dijo.

—Y la tapia no es fácil de saltar. Está llena de pinchos, capaces de entrar por tu estómago y asomar por la espalda.

—El chico es prevenido —dijo Faith sarcásticamente—. ¿Qué más, Sandra?

La joven hizo un encogimiento de hombros.

—Opino que Mowski se imagina que tú ya sabes que tiene a tu colaboradora en su poder. Por tanto, te estará aguardando —respondió.

Faith sonrió enigmáticamente.

—Tal vez esa fortaleza no pueda ser expugnada por la violencia, pero no tengo precisamente serrín debajo de mi pelo —dijo.

—Me encanta tu modestia —elogió Sandra burlonamente.

* * *

Si Mowski no había asesinado a Myra, y no parecía probable que hubiese cometido semejante barbaridad, un día de retraso en el rescate no tendría demasiada importancia. Myra no lo pasaría bien

mientras tanto, pero valía la pena asegurar la operación y no exponerse a un fracaso.

Por tanto, Faith dedicó gran parte de las horas del día siguiente a equiparse adecuadamente. Al anochecer, cargado con el equipo que estimaba necesario para la operación, montó en su coche y partió en dirección a Sandrigham Mounts.

Las indicaciones que Sandra le había dado resultaron muy valiosas. Tres horas después de su partida, se hallaba en las inmediaciones de la villa de Mowski.

La casa, rodeada por la tapia que tan bien había descrito la cantante, se hallaba en una ladera montañosa, desde la cual se divisaba un encantador panorama. Por la parte posterior, abundaban los pinos y abetos de gran altura.

Cargado con parte del equipo, Faith trepó al abeto que le pareció más alto, deteniéndose en una rama que se hallaba situada a cuatro o cinco metros del borde de la tapia. A la espalda, llevaba una pequeña mochila, que contenía una batería, la cual serviría para actuar el visor de infrarrojos de su rifle.

El arma no tenía cartuchos ordinarios. Sus proyectiles eran simples dardos, cargados con un poderoso anestésico.

Faith aguardó pacientemente más de una hora. De pronto, vio a un individuo que se paseaba por el jardín, en compañía de dos perros de monstruoso aspecto.

El cuidador de los canes no tenía una figura mucho más agradable: era casi un gigante y tenía un cráneo capaz de romper una puerta sin dificultad. Faith lo eligió como primer blanco y disparó apenas lo vio de espaldas a él.

El dardo se hundió profundamente en la carnosa cintura del sujeto, quien dio un respingo de sorpresa. Echó la mano atrás y se lo arrancó, pero era ya inútil; el anestésico circulaba ya por sus venas.

Segundos más tarde, se desplomaba como una masa inerte. Los perros se inclinaron sobre él, olfateándole extrañados.

Dos dardos más fueron disparados seguidamente. Antes de un minuto, los canes yacían sobre la hierba del jardín.

Faith sabía que a partir de aquel momento disponía, por lo menos, de una hora con respecto al hombre. Los canes dormirían mucho más tiempo.

Inmediatamente, se descolgó del árbol y corrió hacia la tapia, a cuyo pie había dejado parte del equipo. Una escala de cuerda fue lanzada a lo alto y se enganchó en uno de los pinchos de metal, de más de cuarenta centímetros de longitud y separados entre sí por escasamente un palmo de distancia. El paso, en tales condiciones, resultaba imposible.

Faith trepó a continuación por la escala. La misma batería le sirvió para accionar el motor de una perforadora eléctrica, con la que atacó la mampostería que sujetaba los pinchos. Un cuarto de hora más tarde, había arrancado media decena de aquellas estremecedoras agujas, dejando así un paso de casi un metro de anchura.

A continuación, cabalgó sobre la tapia y lanzó la escala al otro lado. Se despojó de la mochila, que ya no tenía ninguna utilidad para él, y tras saltar al interior del jardín, avanzó hacia la casa.

* * *

Myra tenía el convencimiento de que iba a morir en su encierro. Por dicha razón, había decidido mostrarse altanera y desafiante, sabiendo que expresar temor no le representaría ninguna utilidad.

—Le digo que no sé nada —contestó por enésima vez a la pregunta tozudamente repetida por uno de sus secuestradores—. Todo lo que hagan será inútil. En todo caso, les contaré una mentira, ustedes irán a comprobarlo... y luego vendrán a matarme, así que cuando quieran...

—Nadie pretende matarla, chiquilla —dijo el sujeto que la interrogaba pacientemente—. Usted fue mucho tiempo secretaria personal de Sage. Tiene que estar enterada a la fuerza de aquel asunto.

—Le he dicho una y mil veces que fue un negocio que él llevó estrictamente en persona, sin confiárselo a nadie. ¿Qué debo hacer yo para que me crean? —exclamó la muchacha, al borde de la exasperación.

—Señor Velar, déjemela a mí y verá usted cómo...

El interrogador cortó en seco las palabras de Peterson. Russ estaba también allí y a ninguno de los dos se les había olvidado el miedo que pasaron cuando Faith les lanzó la dinamita.

—Por favor, Jess, nada de violencias —dijo suavemente Hugo Velar—. El convencimiento de que le conviene hablar es la mejor fórmula para obtener la información que deseamos. ¿No es así, señorita Craven?

Myra fijó la vista en el individuo, alto, delgado, elegante, aunque con un traje oscuro que le proporcionaba una apariencia nada tranquilizadora. Para la muchacha, la presencia de Velar en el lugar al que había sido conducida tras su secuestro, era algo nuevo y desconcertante.

—¿No me contesta usted? —preguntó Velar, con la sonrisa en los labios.

A Myra, aquella sonrisa le daba frío. Pese a las palabras tranquilizadoras de su interrogador, no estaba segura de que no acabasen torturándola.

CAPÍTULO IX

Myra estaba sentada en un sillón, anclado al suelo, al cual había sido atada sólidamente. Peterson y Russ eran espectadores y vigilantes al mismo tiempo.

—Está bien —dijo la muchacha, fingiendo resignación—, les diré lo que sé. Es muy poco...

—Con que sea «todo» lo que sabe, me daré por satisfecho, señorita —sonrió Velar untuosamente.

—Diamantes y piedras preciosas. Veintidós millones de dólares. Velar abrió la boca, estupefacto. Los pistoleros respingaron.

—¡Demonios! —gruñó Peterson.

—¡Menudo botín! —comentó el otro.

—¿Ha dicho veintidós millones? —repitió Velar, atónito.

—Ni uno menos —contestó ella con todo desparpajo.

La puerta de la estancia se abrió de pronto. Era un cubículo encementado, situado bajo el nivel de la planta baja. Mowski y Thyte se hicieron visibles.

—¿Hugo? —preguntó Mowski.

—Ha confesado, señor —respondió Velar.

Mowski arqueó las cejas.

—¿Qué ha dicho? —quiso saber.

—Diamantes y piedras preciosas por valor de veintidós millones, señor.

—No es posible —bufó Mowski—. Esa chica os ha tomado el pelo.

Velar se encogió de hombros.

—Yo ya no sé qué más hacer —declaró—. Usted ordenó que evitásemos los malos tratos...

—Es un asunto de tres millones, como máximo, y desde luego, no tiene ninguna relación con piedras preciosas —barbotó Mowski—. Pero ella lo sabe y lo dirá, ya lo creo que lo dirá.

Acto seguido, Mowski se volvió hacia Thyte y le dijo algo al oído. El individuo pareció sorprenderse un instante, pero luego reaccionó y agitó la mano en dirección a uno de sus compinches.

—Ven, Jack.

Russ echó a andar detrás de Thyte. Myra se quedó muy preocupada por acciones tan misteriosas.

Algo le iban a hacer y nada bueno, dedujo, con un gélido escalofrío en su espalda.

Pasaron algunos minutos. La voz de Thyte sonó de pronto en lo alto de la escalera:

—¡Listo, jefe!

Mowski dirigió a la muchacha una perversa mirada.

—Espero que mi nuevo método de persuasión dé resultado —dijo, a la vez que retrocedía hacía la escalera.

Russ apareció de pronto con una gran manguera en las manos, cuya boca dejó casi a ras del suelo. Velar y Peterson empezaron a subir por la escalera, situada justamente frente al sillón en que se hallaba atada la muchacha.

Myra se puso pálida. Casi en el acto, un grueso chorro de agua, de más de cinco centímetros de diámetro, brotó con gran potencia de la boca de la manguera.

* * *

La manguera estaba conectada, supuso, a la toma que proporcionaba agua para la piscina que había en el jardín. En unos segundos, sintió la frescura del líquido en los tobillos.

Intentó soltarse. Era inútil, las ligaduras eran muy fuertes y, además, el sillón estaba sujeto al suelo encementado.

El agua empezó a subir. Ya le llegaba a la mitad de las pantorrillas.

Mowski la miró desde la escalera.

—Ese sótano se puede llenar por completo —dijo—. Espero que me entienda, mujer terca.

¿Era un medio de intimidación o realmente estaba dispuesto a llevar su amenaza hasta el fin?

De repente, cesó el flujo de agua.

—¿Eh? ¿Qué diablos pasa por ahí arriba? —gritó Mowski, malhumorado.

—Se habrá agotado el depósito... —sugirió Velar.

—¡Tonterías! Hay agua suficiente para llenar diez habitaciones

como esta.

—Yo iré a ver, jefe —se ofreció Peterson.

El individuo subió corriendo, atravesó el gran salón de la planta baja y salió al exterior. La manguera se había conectado a una de las tomas de agua que surtían a la piscina, vacía en aquellos momentos.

Thyte se arrodilló para examinar la llave. Algo duro y contundente le golpeó de pronto en la nuca. Thyte lanzó un gemido y rodó por el suelo.

Faith se inclinó sobre él y le desposeyó de un revólver calibre 38 y cañón corto que, en aquellos momentos, no tenía puesto su silenciador. Luego, con el pie, empujó el inconsciente cuerpo de Thyte.

El pistolero se estrelló contra el fondo de mosaico de la piscina. A Faith le convenía quitarlo de la vista momentáneamente.

Pasaron algunos minutos. Mowski se impacientó:

—Pero ¿qué diablos le pasa a ese estúpido? —gruñó.

—Ahora mismo lo sabremos, jefe —aseguró Peterson. Como su compinche, salió fuera. Pero, más prevenido, llevaba su pistola en la mano.

Peterson caminó muy despacio, mirando recelosamente a todas partes. Le extrañaba no ver a Thyte y sentía una extraña aprensión. Le parecía que alguien le estaba mirando desde los macizos de plantas que contorneaban la piscina.

Sus aprensiones se justificaron unos segundos más tarde, cuando sintió en la nuca el inconfundible contacto del cañón de un revólver.

—Si gritas, considérate fiambre —oyó una voz susurrante detrás de él.

—¿Faith? —adivinó Peterson.

—Deje caer la pistola al suelo o apretaré el gatillo —fue la respuesta que recibió el sujeto.

Peterson obedeció. Casi en el acto, sintió un fortísimo golpe en la nuca y perdió el conocimiento.

Ni siquiera se enteró de que se reunía con su compinche en el fondo de la piscina. Acto seguido, Faith, diciéndose que no le convenía tentar más a la suerte, corrió hacia la casa.

Entró en el salón y divisó una puerta al fondo, a través de la cual

se veía una escalera que se hundía en las profundidades del edificio. Allí, sin duda alguna, estaba Myra.

Sin hacer el menor ruido, porque oía voces, se acercó a la puerta y esperó. En aquel momento, Mowski lanzaba una gruesa interjección.

—Pero, esos estúpidos... Tendré que ir yo en persona —masculló.

Velar y el otro subieron con él. Velar iba en cabeza y Faith le dejó pasar.

Un segundo después, aparecía Mowski. Faith lo agarró repentinamente por un brazo y puso el cañón de su revólver bajo la oreja.

—Si no suelta a la chica ahora mismo, le mataré, Mowski —amenazó.

* * *

La sorpresa de Mowski fue enorme. Velar se volvió y contuvo en el acto un gesto ofensivo. Faith reconoció en él al individuo que había ido a buscarle a la salida de la casa de Sbinger.

—Vamos, Mowski, no me tiene la paciencia. He matado ya a los dos y no me importaría enviar a otro más al infierno.

Mowski captó el tono de amenaza que latía en las palabras del joven y se aterrorizó, porque no sabía que Faith mentía parcialmente.

—Suéltala, Jess —ordenó.

—Sí, jefe.

—Muy astuto —comentó Velar, admirado—. ¿Cómo ha conseguido entrar en lo que se creía una fortaleza inexpugnable?

—No se lo diré, como puede comprender —sonrió Faith—. Myra, ¿se encuentra bien? —preguntó en alta voz.

—Con las piernas mojadas. Me parece que pescaré un buen constipado —contestó ella.

Faith se echó a reír.

—Yo se lo curaré de muy buena gana —dijo.

Las ligaduras de la chica quedaren sueltas, por fin, Myra se puso en pie y, aunque con dificultades, a causa del envaramiento de sus músculos, echó a andar hacia arriba.

Faith vigilaba con el rabillo del ojo. Myra llegó a salón y se

apartó a un lado.

—Me tomaré el desquite, Faith —prometió Mowski pálido de ira—. Le aseguro que...

El puño y la culata del revólver se unieron en un devastador golpe que derribó a Mowski como buey apuntillado. Faith pensaba en aquel momento en su amigo Theo Sbinger.

De pronto, vio un movimiento abajo. Peterson sacaba su pistola.

Esta vez, Faith no vaciló. Apretó el gatillo dos veces y Peterson, alcanzado de lleno, giró en redondo y cayó de cara al agua, que ya alcanzaba medio metro de altura.

—Es usted terrible, amigo mío —dijo Velar—. Pero sin que ello signifique amenaza y solo expresión de la realidad, le diré que todo lo que ha hecho no le servirá de nada.

—¿De veras lo cree así?

—Devolvió el cuaderno y hemos recuperado las fotografías. El experto en claves no podrá...

—Es usted tan idiota como su jefe —le apostrofó el joven—. En primer lugar, se llevaron solo las fotografías, pero no los negativos. Y, en segundo lugar, Sbinger no solo no ha muerto, sino que se encuentra en un hospital, perfectamente atendido y en franca recuperación.

Velar abrió la boca, estupefacto.

—¿Es cierto lo que está diciendo? —preguntó.

—Absolutamente —confirmó el joven—. El que disparó contra mi amigo lo hizo de frente a este, pero, en el mismo instante, el propio instinto hizo que Sbinger hiciera un movimiento de giro. La bala le dio en el costado izquierdo, entrando, aparentemente, a la altura del estómago. Siguió una trayectoria oblicua, interesando solamente tejidos poco profundos y saliendo por el lado apuesto, sin afectar a ningún órgano vital. Lo peor de todo fue el shock producido por la hemorragia, pero ya se ha repuesto y está fuera de todo peligro. Así que si intentaron matarle, para evitar que pudiera hacer algo de memoria, han perdido el tiempo.

—Me gustaría creerle —dijo Velar, ceñudo.

Faith se encogió de hombros.

—No he venido aquí para que me crea o no, sino para llevarme a la señorita Craven —contestó—. Y ahora, vuélvase de espaldas. Quiero comprobar si está armado. Recuerde que tengo un arma en

la mano y piense en Peterson.

Velar obedeció. Sin la menor resistencia, se dejó arrebatar una pistola, que fue a parar al sótano parcialmente inundado.

—Nos veremos de nuevo —prometió Velar.

—Procure que eso no suceda, si quiere seguir viviendo —respondió Faith secamente—. Vámonos, Myra.

—Sí, Dane.

Los dos jóvenes echaron a correr. Faith la guio hacia el punto donde tenía la escala.

De pronto, un sujeto gigantesco apareció ante ellos. El cuidador de los perros, evidentemente todavía bajo los efectos del anestésico, caminaba vacilante.

A pesar de todo, divisó a unos intrusos y quiso arrojarlos sobre ellos. Faith lo paró en seco, atravesándole el hombro derecho de un balazo.

El gigante se desplomó aullando. Faith ya no se preocupó más de él.

Minutos más tarde, estaban al otro lado de la tapia.

—Podemos considerarnos a salvo, Myra —dijo Faith.

—Es usted un tornado —calificó ella, con ojos brillantes—. Sinceramente, no esperaba verle más.

—Pesimista —la apostrofó el joven cariñosamente—. Vamos a mi coche; está cerca y, además, tengo en él una caja con bocadillos y un termo con café.

Myra le dirigió una radiante sonrisa.

—Por lo visto, estaba seguro de rescatarme —dijo.

—Nunca lo dudé —respondió Faith llanamente.

CAPÍTULO X

—Creo que estoy tan atascado como al principio —dijo Faith más tarde.

El coche estaba a un lado de la carretera. Faith lo había detenido para que la muchacha pudiera reponer fuerzas.

—¿Tan pesimista se siente? —preguntó Myra.

—Sbinger empezaba a encontrar el cabo del hilo que le permitiría devanar por completo el resto del ovillo, pero las cosas han vuelto a torcerse.

—¿No dice usted que ya está trabajando...?

—He exagerado un poco —sonrió él—. Tardará unos días en poder poner nuevamente manos a la obra. Ciertamente, ese movimiento instintivo que hizo, le salvó la vida; de otro modo, la bala le habría alcanzado el corazón. Una vez recuperado del shock hemorrágico, su curación será ya fácil.

—Por fortuna, no le remataron —suspiró Myra.

—El asesino estaba demasiado seguro de su puntería. Esa fue la suerte de Theo.

—Lo que nunca he acabado de comprender es qué tiene usted personalmente contra Mowski —dijo ella.

—Está equivocada, Myra. Yo no tengo nada personal contra Mowski; es el Departamento del Tesoro.

—Impuestos —adivinó la muchacha.

—Justamente.

—¿Es usted inspector federal?

—Oh, no —rio Faith—. Solamente soy, a veces, actuuario de una compañía de seguros. Hace algún tiempo, se produjo un incendio en un almacén, que lo destruyó por completo. Se me encargó la investigación y averigüé que pertenecía a Mowski. El incendio fue intencionado.

—¿Por qué iba a quemar Mowski un edificio que era suyo?

—Está en un sitio magnífico y quiere vender el solar a una importante empresa de construcción.

—Bueno, con haber demolido el almacén...

—Lo tenía alquilado, a muy buen precio, pero también para demasiado tiempo. El arrendador no quería rescindir el contrato.

—Y se quedó sin almacén y sin mercancía.

—En efecto. Mowski iba a sacar beneficio por partida doble: la indemnización del seguro y la venta del solar. De lo primero, no le pagaremos un centavo. Y en cuanto a vender el terreno... la empresa constructora, en vista de cómo se está presentando el asunto, parece que demora los tratos para comprar el solar.

—Entonces, Mowski debe de rabiar cada vez que piensa en ese asunto.

—Así es. Ahora bien, un amigo mío, inspector federal, que conocía mis trabajos en ese sentido, me pidió tratase de conseguir pruebas contra Mowski por defraudación al Fisco. Y yo me he visto metido de lleno en una serie de complicaciones, con muertes por todas partes, que acabarán por llenarme de canas la cabeza.

Myra no pudo contener una alegre carcajada al oír aquellas palabras.

Luego dijo:

—Usted sospecha que la verdadera contabilidad de Mowski está en ese cuaderno anotado en clave.

—Sí, pero hay cosas que todavía no acabo de comprender.

—¿Por qué, Dane?

—Por ejemplo: ¿qué interés tiene De Brandin en ese cuaderno?

Ella se quedó muy pensativa.

—¿No le ha dicho nada que pueda darle una pista? —preguntó.

—De Brandin se mostró hermético al respecto. Yo intenté atacar por el flanco, hablando con su esposa, pero la señora De Brandin resultó ser una mujer frustrada, que busca en el alcohol remedio para sus amarguras. Detesta profundamente a su marido y, por lo que deduje, hace ya tiempo que no hay entre ambos el menor trato de ninguna clase.

—Entonces, ¿piensa darse por vencido, Dane?

—Usted no me conoce bien todavía, Myra —sonrió Faith, al mismo tiempo que hacía girar nuevamente la llave de contacto del automóvil.

La campanilla del teléfono repiqueteó sonoramente. Jeannie, la doncella particular de Carol de Brandin levantó el aparato.

—Hola —dijo.

—Ha llegado el momento de actuar. ¡Adelante!

Sonó un «click». Jeannie contempló extrañada el aparato.

—Nunca faltan chiflados —murmuró, a la vez que dejaba el teléfono sobre la horquilla.

La voz de Carol sonó de pronto en su alcoba.

—¡Jeannie! ¿Quién era? —preguntó.

—No lo sé, señora —contestó la doncella—. Seguramente, era un loco.

—¿Cómo? —se sorprendió Carol.

—O un bromista. Solo dijo algo así como: «Ha llegado el momento de actuar. ¡Adelante!» Y cortó sin más.

Carol estaba arreglándose frente al espejo de su tocador. Al escuchar aquellas palabras se puso rígida.

—¿Necesita algo de mí, señora? —preguntó Jeannie, solícita.

—No, gracias. Jeannie, tiene la tarde libre. Hoy no la necesitaré.

—Sí, señora, muchas gracias.

La doncella estaba sorprendida por aquel rasgo de generosidad, pero no por ello iba a desaprovechar la ocasión. Se dirigió a su dormitorio y empezó a cambiarse de ropa, para salir a la calle.

Mientras, Carol había abierto el cajón central de su tocador y contemplaba fijamente el objeto de brillante metal que había allí.

Aquel objeto era un revólver de seis balas.

* * *

El teléfono estalló de pronto y su estridente sonido taladró las brumas del sueño en que se hallaba sumido Dane Faith. Un gruñido de cólera fue la respuesta al chirrido que no daba muestras de cesar.

Al cabo de unos momentos, Faith alargó la mano y asió el aparato.

—La cólera de los dioses caiga sobre el importuno que osa despertarme tan temprano —dijo.

—Temprano, ¿eh? —sonó una voz sarcástica—. Las once de la mañana, que yo sepa, no son una hora temprana en ninguna parte, Dane.

—Lewis Mac Cain —gruñó el joven—. Tenías que ser tú, precisamente.

—Como eres pobre, no tienes mayordomo. De lo contrario, te habrían llevado el desayuno a la cama, junto con el periódico del día. Así te habrías enterado del asesinato de Raymond de Brandin.

Faith se sentó de golpe en la cama.

—Lew, no bromees —gruñó.

—Hablo completamente en serio, Dane. Carol de Brandin hizo anoche seis disparos de revólver contra su propio esposo.

El joven se sintió abrumado.

—¿Pude haber evitado yo esa muerte? —murmuró.

—¿Cómo dices? —preguntó Mac Cain.

—No, nada... ¿Dónde está ella, Lew?

El policía suspiró.

—Donde están las otras dos —respondió.

—Ya... Carol ha dicho, sin duda, que no sabe ni recuerda nada.

—Exacto. Dane, francamente, la cosa empieza a preocuparme. Esto no es natural, ni lógico.

—Yo estuve hablando con Carol de Brandin. Me confesó que detestaba a su marido. Pero cuando mencionó sus ansias de enviudar, yo pensé que bromeaba, en buena parte, debido al alcohol. Estaba en tratamiento para curarse de su dipsomanía...

—¿Un psiquiatra?

—Sí, la doctora Grunner.

—No he oído hablar de ella, pero la buscaré para interrogarla.

—Eso está bien, Lew? ¿Tienes más datos?

—Prácticamente, no, salvo que Carol dio permiso a su doncella para que se tomase la tarde libre.

—Es decir, quería quedarse sola para acribillar a su esposo.

—Exactamente. La doncella, Jeannie Syls ha declarado que se asombró mucho, porque no lo esperaba. No era uno de sus días libres, ¿comprendes?

—Sí, Lew. ¿Te ha dicho algo más de importancia?

—No. Ella asegura que nunca vio un revólver en manos de la señora De Brandin y, por lo que yo sé, tampoco Carol compró un arma en ninguna de las armerías legalmente registradas en Carnwallton.

—Alguien le proporcionó el arma homicida, no cabe la menor

duda, Lew.

—Es posible. Yo ya empiezo a sospechar que las tres mujeres mataron obligadas por una voluntad extraña a la suya.

—Habla con la doctora Grunner. Quizá consigas algo.

—Sí, es lo que pienso hacer —admitió el policía—. Adiós, Dane.

Faith colgó el teléfono, muy preocupado.

¿Había alguien interesado en eliminar a ciertos personajes, cubriéndose de tal forma que no se le pudiera culpar nunca de los asesinatos?

La voz de Myra resonó de pronto en la cocina de la casa.

—¡Dane, el desayuno está listo! Aunque, por la hora que es, mejor podríamos llamarlo almuerzo —exclamó.

* * *

Myra se sintió consternada al conocer la noticia.

—Pobre señor De Brandin —dijo—. Tan simpático y agradable...

Faith miró sorprendido a la muchacha.

—¿Por qué dice eso? —preguntó.

—Tuve ocasión de verle más de una vez en el despacho de Sage —respondió ella.

—¿Había relaciones de negocios entre ambos?

—Sí, pero Sage las rompió... Bueno, como en otros casos, maniobró para quedarse solo con el negocio.

—A De Brandin no le gustaría, supongo.

Myra se encogió de hombros.

—Yo también lo creo así, pero luego ya no he tenido ocasión de hablar más con él —dijo.

—Quizá sea conveniente que yo le haga una visita —murmuró Faith pensativamente—. Pero, a decir verdad, no sé por qué me preocupo de unos asuntos que no me conciernen...

—Usted sospecha que esas muertes puedan estar relacionadas con el cuaderno en clave de Mowski —exclamó Myra.

—Sí, alguna relación hay, desde luego. De todas formas, antes de hablar con Sage, interrogaré a otra persona.

—¿A quién? ¿Puedo saberlo, Dane?

—Sí. Hablaré con Jeannie Syls, la doncella de Carol de Brandin.

CAPÍTULO XI

Los ojos de Jeannie expresaban todavía el horror de lo que había visto la víspera.

—Yo regresé a casa poco antes de las diez y me encontré a la señora sentada en un diván, con el revólver todavía en la mano. El señor estaba tendido en medio del salón, sobre un charco de sangre... Fue algo horrible, créame, señor Faith.

—Sí, Jeannie, ya me imagino que no pasó un rato agradable —convino el joven—. ¿Le dijo algo la señora cuando usted la encontró en aquella situación?

—No, no habló en absoluto, ni siquiera cuando se la llevó la policía.

—Usted estuvo todo el día en casa, hasta que ella le dio permiso para irse. Le extrañó, supongo.

—En cierto modo. Algunas veces me daba permiso fuera de lo acordado; no ocurría con frecuencia, pero tampoco me extrañó demasiado. Lo que nunca supuse es que...

Jeannie se ahogaba. Faith dejó que la joven se recobrara.

Al cabo de unos momentos, ya más tranquilizada Jeannie, volvió a la carga.

—Dígame, por favor, si notó algo extraño en la señora, antes de que usted saliese de casa.

—No, estaba completamente normal, incluso de mejor humor que otros días.

—La doctora Grunner, estimo, acudía a tratarla periódicamente. ¿Conoció usted a la doctora?

—Sí, y me pareció una mujer algo estrambótica. Vestía de una forma muy anticuada y usaba bastón, ya que cojeaba ligeramente de una pierna.

—Eso parece decir que se trata de una mujer de edad.

—Cincuenta y tantos años, calculo, señor.

—¿Se sentía mejor la señora De Brandin con el tratamiento?

—Al menos, en los dos o tres últimos días, sí. Tenía un humor excelente y apenas bebió. A mí me dio la sensación de que

empezaba a curarse.

—Está dándome unos informes preciosos, Jeannie —sonrió Faith—. Voy a terminar con un par de preguntas más, por favor.

—Sí, señor, lo que usted quiera.

—Ayer por la tarde, ¿recibió la señora De Brandin, alguna visita? Me refiero al tiempo que usted estaba en la casa, claro.

—No, señor, ni visitas ni llamadas... Bueno, sí, hube una llamada telefónica, pero creo que se trataba de un bromista o de un chiflado. O tal vez de una campaña de propaganda... Ninguna de las dos le concedimos la menor importancia, señor.

—Puede tenerla, Jeannie —dijo Faith—. ¿Atendió usted la llamada?

—Sí, señor. Era un hombre y dijo algo parecido a... Sí, más o menos dijo así: «Ha llegado el momento de actuar ¡Adelante!»

Faith tomó nota mental del detalle.

—¿Voz de hombre? ¿Seguro? —preguntó.

—Sí, señor, estoy segura de ello —confirmó Jeannie.

* * *

—La policía, y más concretamente, el teniente Mac Cain, me ha interrogado a fondo, exhaustivamente. No creo que tenga que añadir más a lo que ya he dicho, señor Faith.

El tono de Jarley K. Sage era altivo y displicente al mismo tiempo. Era un sujeto de cuarenta y tantos años, de arrogante figura y sienes plateadas, lo que le confería una expresión de atractiva madurez. Pero, observó Faith, también podía ser, aparte de astuto e inteligente, muy duro y despiadado si llegaba la ocasión.

—Indudablemente, señor Sage —convino cortésmente—. Pero, sin querer sospechar de usted ni muchísimo menos, he de señalar la curiosa coincidencia de que tres personajes de cierta importancia han sido asesinados en las últimas semanas, y los tres por un procedimiento muy parecido y por mujeres sometidas a tratamiento psiquiátrico.

Sage se encogió de hombros.

—La vida es una sarta inacabable de casualidades —respondió—. Por lo menos, en dos de ellos se trató de sendos casos de celos, opino.

—¿Y De Brandin?

—Sé que su esposa estaba harta de él. Explotó, sencillamente.

—¿Cómo sabía que Carol estaba harta de su marido?

Sage hizo un gesto ambiguo.

—No diré que entre Carol y yo hubiéramos llegado a... a nada definitivo, usted ya me entiende, pero hace tiempo solíamos hacernos algunas confidencias.

—Y entonces fue cuando le dijo que detestaba a su esposo.

—Sí. Yo le aconsejé paciencia o bien deshacer las ataduras legales que le sujetaban a Raymond por otros medios que no implicaran violencia. Creí que había aceptado mis consejos y me despreocupé del asunto.

—¿Habló Carol de matar a su marido?

—Lo insinuó, aunque muy levemente. Creo que yo conseguí disuadirla, por lo menos, en aquellas fechas.

—¿Mencionó Carol algún motivo como base del desvío hacia su esposo? —preguntó Faith.

—No, ninguno en particular. Más bien pienso que los sentimientos que les unieron en tiempos, habían desaparecido ya.

—Un caso lastimoso —suspiró el joven—. Tal vez el señor De Brandin no accedía a romper de un modo legal los lazos que le unían a su esposa.

—Tengo entendido que no se mencionó jamás esta posibilidad —contestó Sage.

—De Brandin tuvo relaciones comerciales con usted, incluso creo que llegaron a ser socios. ¿Por qué la ruptura?

—No me convenía como socio. Era una rémora, simplemente.

—¿También Thurmond y Ford?

Sage se mostró impasible.

—Me convenía más quedarme solo. Les hice una buena oferta y ellos aceptaron —respondió.

—¿En qué consistía el negocio?

—Importación y exportación, señor Faith.

—De... digamos elementos comerciales.

—Sí.

Faith se dio cuenta de que Sage no se mostraba dispuesto en absoluto a facilitarle más detalles sobre sus negocios. «Y, realmente, no puedo obligarle a que hable», pensó, a la vez que se ponía en

pie.

—Ha sido usted muy amable al concederme unos minutos de su precioso tiempo —agradeció.

—Con todo placer —aseguró Sage.

Había un ligero y suave aroma en el despacho. Faith lo achacó al cigarrillo que Sage había encendido momentos antes. «Tabaco inglés», adivinó.

* * *

—De modo que Sage no ha soltado prenda —dijo Myra.

—Lo que ha dicho no le compromete absolutamente a nada. Y, bien mirado, ¿por qué sospechar de él?

—Sus tres exsocios han muerto asesinados por tres mujeres y todos de la misma manera. Las asesinas han declarado no saber nada, ni siquiera admiten haber cometido el crimen. A usted, ¿qué le sugiere todo esto, Dane?

—Asesinato por control remoto —respondió el joven sin vacilar.

—¿Sugestión hipnótica?

—Sí, Myra.

—Si usted quisiera deshacerse de una persona por ese procedimiento, ¿cómo lo haría, Dane?

—Bien... —Faith dudó un momento y luego continuó—: En primer lugar, es preciso tener las facultades precisas para hipnotizar a la persona que ha de cometer el crimen.

—Parece lógico —convino Myra—. ¿Y después?

—Inculcar en su mente la forma y el momento más adecuados para la comisión de ese crimen.

—Pero las asesinas hicieron vida normal hasta que empezaron a tiros con sus víctimas. ¿Y cómo tardaron tanto en cometer los crímenes respectivos?

—¿Cómo sabe usted que tardaron tanto, Myra?

—Me lo imagino, simplemente, Dane. Un plan semejante de asesinatos no es cosa que se ejecute en pocas horas. El autor material debe ser persuadido a matar durante varias sesiones de hipnotismo. Al menos, eso es lo que yo creo.

Faith se acarició la mandíbula.

—Sí, es muy probable que haya sido como usted dice —

concordó—. Pero, además, tiene que existir un factor desencadenante de los impulsos homicidas grabados en el subconsciente por las sesiones hipnóticas. Ese factor actúa en el momento de recibir un determinado estímulo es decir, cuando al autor del plan le conviene que la víctima sea ejecutada.

—Vamos, una señal... luz verde para el asesino, ¿no es cierto?

—Algo por el estilo, Myra. Y yo me pregunto quién y cómo inculcó en la mente de esas tres mujeres la idea de cometer sendos asesinatos.

—Dane, las tres tienen una cosa en común: todas se hallaban sometidas a tratamiento psiquiátrico —dijo Myra.

—Es cierto —admitió Faith—. Pero de interrogar a los psiquiatras, tres doctoras en cada caso, se encarga el teniente Mac Cain. Aunque yo ya haya hablado con una de ellas, la doctora Puck.

Myra sonrió.

—Es también mi psiquiatra —dijo.

—Ella es muy amiga mía. A mí me curó una jaqueca fenomenal en menos que canta un gallo.

—Muy guapa, pero ya madurita, ¿eh?

—Tiene mis años, Myra.

—No se enfade, no quise ofenderle —sonrió la muchacha—. Por cierto, uno de estos días he de ir yo a su consulta. Retrasé la visita, porque ya me encontraba mucho mejor, pero, a pesar de todo, quiero acudir y despedirme de ella.

—¿Se considera curada, Myra?

Ella suspiró profundamente.

—Con todo lo que estoy pasando, lo que tenía antes era una futesa —contestó—. Me parece que, después de la última sesión, y será de simple cortesía, su amiga la doctora Puck ha perdido un cliente para siempre.

—Lo celebro infinito —sonrió Faith—. Pero a mí hay otra cosa que continúa preocupándome y ningún psiquiatra podrá curarme esa preocupación.

—¿Cuál es, Dane?

—Los negocios de Sage. En cierto modo, están relacionados con el cuaderno en clave de Mowski y no logro hacerme la menor idea de qué asunto puede valer tres millones de dólares.

—A mí se me ha ocurrido de repente una idea, Dane —exclamó

Myra—. Y creo que puede dar resultado.

—¿Sí? —dijo él, muy interesado.

—Se trata, simplemente, de averiguarlo de una forma que no deje después el menor resquicio a la duda.

—Bien, diga su plan y, si es viable, lo aceptaré.

—No habrá dificultad alguna para el hombre que supo asaltar victoriosamente la fortaleza de Mowski. Abrir la puerta de un almacén resultará sencillo para usted.

—¿Ha dicho un almacén, Myra?

—Justamente, el lugar en donde se guardan las mercancías que Sage importa del extranjero —respondió la muchacha.

CAPÍTULO XII

—¿Hay guardián nocturno? —preguntó Faith en voz baja.

—Es de suponer —contestó la muchacha—. Lo que no sé es si está dentro o hace su ronda por el exterior.

—Espero poder sorprenderle —deseó Faith—. Y ojalá no reaccione con demasiada violencia; hay vigilantes nocturnos que, por menos de diez centavos, se lían a tiros con los sospechosos.

—Nosotros no somos sospechosos, somos ladrones —puntualizó Myra críticamente.

Faith continuaba maniobrando en la cerradura del portón. El almacén era un gran edificio de planta y piso, situado en una zona un tanto apartada del centro.

Un ligero chasquido indicó a Faith que el paso estaba libre. Empujó ligeramente y escuchó con toda atención durante unos segundos.

—Vamos —susurró a poco.

A cinco o seis metros del suelo, había una larga hilera de ventanas en los muros, a través de las cuales entraba un poco de luz, procedente de la no muy abundante iluminación de la zona. Habitados sus ojos a la oscuridad, pronto pudieron ver una serie de pilas de cajones de madera, colocados en debido orden.

Arriba, a la altura del primer piso, había una especie de garita de vigilancia, en la que se veía una lámpara encendida. Sentado en una butaca, estaba el guardián nocturno, con la cabeza doblada sobre el pecho.

—Duerme —musitó la joven.

Faith asintió.

—Es preciso alargar su sueño —dijo.

Y se encaminó sin vacilar a la escalera que conducía al primer piso.

El guardián se despertó demasiado tarde, justo cuando ya un chorro de gas anestésico le daba en pleno rostro. Braceó un poco, intentó echar mano a la pistola que llevaba en el cinturón, pero Faith presionó de nuevo la válvula del pulverizador y el hombre

empezó a caer.

Faith lo colocó cuidadosamente en el suelo. Incluso le puso un cojín bajo la cabeza. Luego le dio una palmadita en la mejilla

—Felices sueños, chico —le deseó.

Luego se volvió hacia la muchacha.

—¿Por dónde empezamos, Myra? —consultó.

Ella hizo un gesto ambiguo.

—¿De qué tiempo disponemos, Dane? —preguntó.

—Dos horas, aproximadamente.

—Entonces, comencemos por el primer piso. Aquí están los bultos menos pesados y, si se trata de algún contrabando, lo tendrán arriba.

—Una hipótesis muy razonable —calificó Faith.

Inmediatamente, empezaron a buscar. A fin de no encender las luces, que tal vez hubieran alarmado a una patrulla policial, Faith empleó una linterna portátil.

Una hora más tarde, estaban a punto de darse por vencidos.

—¿Tendremos que conceder buena fama a Sage? —dijo Myra, desanimada.

Faith no contestó. Tenía el haz de su linterna enfocado hacia un determinado lugar de la pared que, en aquel punto, era de ladrillo.

—Aquí hay algo que no concuerda, Myra —dijo de pronto.

—¿Qué es, Dane?

—Pared de ladrillos cuando la estructura general del edificio es de cemento y viguería de hierro. Resulta un contraste sorprendente.

Myra se acercó a la pared y la examinó atentamente. De pronto, empezó a dar con los nudillos en el muro, ladrillo por ladrillo.

Pasaron algunos minutos. Repentinamente, se oyó un chasquido y parte del muro giró silenciosamente a un lado. La puerta era de ladrillo por el exterior, pero armada en un sólido marco metálico por el otro lado.

Un cuarto de regulares dimensiones quedó ante sus ojos. Lo que había en el interior les dejó sin respiración.

* * *

Minutos más tarde, todavía con el ánimo lleno de asombro por el descubrimiento que acababan de hacer, abandonaban el cuarto

secreto. Faith se ocupó de que la puerta recobrase su posición habitual.

El muro recobró una apariencia normal.

—Nadie diría que al otro lado de esos ladrillos hay un tesoro que vale tres millones —murmuró la joven, todavía muy impresionada por lo que acababa de contemplar.

—O quizá más de tres millones —especuló Faith. De súbito, apagó la linterna y agarró a Myra por un brazo, obligándola a agacharse detrás de unos grandes cajones de embalaje.

La puesta del almacén acababa de abrirse de repente. Tres hombres penetraron en el interior del edificio.

—Es Mowski —dijo Myra, atónita.

—No alce la voz o nos freirán a tiros —gruñó Faith.

Myra contuvo la respiración. La voz de Mowski se oyó en planta baja.

—El asunto no está aquí —dijo—. Lo debe de tener escondido en el piso superior.

—Debía de haber un vigilante —observó Velar.

—Estará dormido —dijo Russ despectivamente—. Estos tipos se pasan la noche en un sueño...

—Ahora lo comprobaremos —rezongó Mowski.

Faith pegó su boca a la oreja de la muchacha:

—¿Se atrevería a descolgarse a la planta baja? —consultó.

—Lo intentaré —respondió ella.

—Yo bajaré primero, en todo caso, y la sostendré. Pero procure no hacer ruido o estamos perdidos.

—Sí, Dane.

Mowski y sus acompañantes subían ya por la escalera, que llevaba en el piso superior. Dane se arrastró hasta el borde, seguido por la muchacha, y se descolgó hasta el suelo, situado a cuatro metros de distancia

Myra le siguió en el acto, pero no cayó bien sobre las manos de Faith y ambos rodaron por el suelo. Los hombros del joven chocaron contra un cajón, produciendo un sonido de poca intensidad, pero suficiente, sin embargo, para alarmar a los intrusos.

—He oído algo —dijo Russ.

Mowski volvió la cabeza en el acto. Pero su atención, de

repente, fue distraída por la voz de Velar:

—¡Jefe, el vigilante está dormido! ¡Narcotizado!

—Alguien ha entrado aquí antes que nosotros —exclamó.

De súbito, Russ lanzó un juramento.

—¡Por allí van, jefe!

Faith y la muchacha ganaban ya la puerta. Impulsivamente Russ sacó su pistola y disparó dos o tres veces, antes de que Mowski pudiera impedirle el gesto.

—¡No hagas ruido, estúpido!

—Ahora vendrá la policía —gruñó Velar.

—Larguémonos antes de que sea demasiado tarde —dijo Mowski, ardiendo de ira.

Los tres hombres corrieron hacia la salida, en busca del coche estacionado a poca distancia. Russ se sentó tras el volante y dio el contacto, pero, en el momento de arrancar, se dio cuenta de que el vehículo se movía de un modo extraño.

Los otros dos lo notaron también. Velar se apeó de un salto y se inclinó ligeramente.

—Hay dos ruedas deshinchadas —anuncio.

—Vámonos de aquí, sea como sea —dijo, de pésimo humor. Cualquier cosa era preferible a que les sorprendieran en una situación poco conveniente.

* * *

El teléfono sonó de pronto. Faith levantó el aparato y pronunció su nombre.

—Habla Mowski —oyó acto seguido.

—Hola, Bert. ¿Puedo servirle en algo?

—¿Qué tal la excursión nocturna al almacén de Sage?

—No sé de qué me está hablando, Bert.

—Anoche...

—Anoche, me acosté a las once, como las personas decentes. He dormido de un tirón y no tengo la menor idea de dónde está el almacén de Sage.

—Faith, usted a mí no me engaña. Dígame lo que encontró y le pagaré...

—¿Con una rociada de plomo?

—No sea estúpido. Le ofrezco la paz y, además, le daré diez de los grandes.

—Pierde el tiempo, Bert. Y si no tiene más que decirme, dispense, pero mi trabajo está un poco retrasado.

—¡Escuche un momento! —gritó Mowski—. Soy sincero, ya no quiero más conflictos con usted. ¿Por qué no trata de arreglarse conmigo?

—¿A cambio de diez mil?

—Sí.

Los dedos de Faith tabletearon sobre la mesa.

Reflexionaba.

—¿Puede concederme veinticuatro horas? —preguntó unos segundos más tarde.

—Demasiado tiempo.

—Veinticuatro horas, Bert.

—No estará tratando de gastarme una jugarreta, Faith. Usted sabe que no puede hacer nada contra mí... en el otro sentido, claro.

Faith no hizo caso del comentario.

—Entonces, no sé a qué vienen los diez mil, Bert —respondió.

—Usted es muy listo y ha encontrado lo que yo buscaba. Dígamelo y le daré los diez billetes sin hacerle más preguntas ni molestarle más durante el resto de sus días.

—Le he pedido veinticuatro horas. No le garantizo que consuma el plazo, pero quiero estar seguro de mi decisión.

—Está bien, le llamaré mañana a la misma hora. Y tendré preparado el dinero.

—Conforme. Adiós, Bert.

Faith relató a la muchacha la conversación, minutos más tarde.

—De lo que le ha dicho Mowski, pueden obtenerse interesantes conclusiones —dijo ella.

—Sí. Su frenesí por conseguir lo que vale tres millones está en un punto culminante.

—¿Piensa pactar con él, Dane?

Faith sonrió sibilamente.

—Quizá —dijo—. Pero antes de hablar con Mowski, quiero hacer una visita. Necesito que me completen más detalles sobre los asesinatos de tres personajes importantes.

—¿Quién le dará esos detalles, Dane?

—Su psiquiatra, la doctora Puck.

CAPÍTULO XIII

Una chispa de alegría apareció en los ojos de Elyanne al ver a su visitante.

—Creí que te habrías olvidado de mí —dijo, colgándose de su brazo.

—He tenido trabajo —se disculpó Faith.

—Nunca paras de trabajar, Dane. Eso no es bueno para la salud.

—Tú tampoco te tomas mucho descanso, Elyanne. ¿Nunca vas de vacaciones?

—Todavía no es tiempo, querido. ¿Qué te apetece de beber?

—A tu gusto, hermosa.

Dane Faith se acercó al mostrador del pequeño bar que había en uno de los rincones de la estancia y esperó a que Elyanne le entregase un vaso alto.

—¿Y bien? —dijo ella—. ¿No me dices nada, Dane?

—Mi visita tiene hoy un aspecto puramente profesional —manifestó Faith—. Se trata de unos crímenes... pero tú ya estás enterada por la Prensa, supongo.

—Sí, desde luego. Pero ¿qué puedo yo decirle al respecto? Ya sabes que traté a Amy Brent, aunque no pude llegar al fondo de la cuestión que la acongojaba. En cuanto a las otras mujeres...

—Sí, ya sé que tú no las tenías en tratamiento. Pero se me ocurre que quizá puedas ayudarme, Elyanne.

—Dime cómo y lo haré con mucho gusto, Dane —respondió la psiquiatra.

—¿Es posible imbuir en el subconsciente de una persona, por hipnotismo u otro medio similar, como drogas, la idea de asesinar a un hombre, en lugar, hora y momento determinados?

—Teóricamente, sí, podría ser... pero lo dudo mucho,

—No obstante, y al menos en teoría, resultaría factible.

—Por supuesto, Dane.

Faith apuró el vaso.

—Gracias —dijo—. Es todo lo que quería saber, aunque quizá necesite un dato más, Elyanne.

—Dime, por favor.

—Supongamos que la persona que va a cometer el crimen, bajo influjo hipnótico, desde luego, tiene que matar a alguien que ya le ha sido designado previamente. Pero es preciso esperar el momento y lugar adecuados, sobre todo, el momento. ¿Podría, mientras tanto, hacer el sujeto vida normal?

—Sí, ¿por qué no?

—Y luego, cuando conviene al inductor, este hace actuar un estímulo que podríamos calificar programado de antemano, para que el ejecutor material del hecho lleve a cabo su crimen. Es decir, una especie de contraseña. ¿Podría ser, Elyanne?

La doctora sonrió encantadoramente.

—Moviéndonos siempre en el terreno de la fantasía, podría ser, Dane —respondió—. Pero lo que tú has dicho no pasa de ser eso: fantasía.

—Sí, quizá —contestó Faith ambiguamente.

El teléfono sonó de pronto.

—Perdóname, Dane —se disculpó Elyanne.

Faith quedó solo en el mostrador. El teléfono se hallaba en el lado opuesto del amplio salón. Faith observó que Elyanne contestaba a la llamada con simples monosílabos o poco más.

De pronto, un extraño olor llegó a su pituitaria. Elyanne había encendido un cigarrillo momentos antes y lo había dejado, todavía humeante, sobre un cenicero.

La doctora volvió momentos después, con la sonrisa en los labios.

—Una paciente —explicó—. Nada de importancia, solo aprensiones.

—Comprendo. Bien, querida, gracias por todo. Volveré otro día con más tiempo.

Elyanne le dio un cariñoso cachetito en la mejilla.

—Tómate la vida con un poco más de calma —aconsejó—. Es la mejor de las filosofías.

—¿Quién me da el consejo: la amiga o la médico?

—Ambas —contestó ella riendo.

Faith se despidió de Elyanne en la puerta.

—Volveré a verte pronto —prometió.

—Así lo espero, Dane.

—Myra, usted dijo que estaba siguiendo tratamiento con la doctora Puck.

—Así es, aunque ya me encuentro mucho mejor...

—Tiene que ir a visitarla —Faith señaló el teléfono—. Llámela y concierte día y hora.

Ella le miró extrañada un segundo, pero acabó por hacer lo que le decían. Al cabo de unos momentos, informó:

—Mañana, a las cuatro de la tarde, Dane.

Faith no contestó de momento. Estaba sentado, con los codos apoyados en los brazos del sillón y las yemas de los dedos de ambas manos unidas.

Myra respetó su silencio. Al cabo de un rato, exclamó:

—Bien, creo que he dado ya con la idea.

—¿Qué idea, Dane? —preguntó Myra, intrigada.

El joven sonrió.

—Tenga un poco de paciencia, se lo ruego. Ahora tengo que hacer una llamada —contestó.

Se incorporó y caminó hasta la mesa del teléfono. Luego marcó un número.

La voz de Mowski sonó al poco.

—¿Quién es?

—Faith.

—Ah, hola —dijo Mowski—. Bien, ¿qué me dice?

—La respuesta es afirmativa, *sub conditione*...

—¿Cómo? ¿Me está hablando en chino?

Faith se echó a reír.

—Latín, querido amigo —contestó—. Simplemente, significa que acepto, pero bajo determinadas condiciones.

—Oiga, usted no está en situación de exigir nada, ¿me entiende?

—¿Puede exigir usted mucho más?

Mowski se quedó cortado un instante.

—Está bien —rezongó—. Hable de una maldita vez.

—Le entrego el negativo del cuaderno, mañana, a las diez y media de la noche, en cierto sitio donde usted estuvo a buscar algo que vale tres millones y no pudo encontrar.

—¿Ha de ser precisamente allí?

—Allí y en ningún otro sitio —insistió Faith con firmeza.

—Está bien, pero si me engaña, no saldrá vivo de aquel maldito almacén.

—Por interés propio, procuraré terminar la entrevista con vida —contestó el joven.

Colgó el teléfono y se volvió hacia Myra.

—Me siento terriblemente aprensiva —declaró la muchacha.

—Oh, no se preocupe; la doctora Puck la curará por completo —aseguró Faith con acento intrascendente.

—A pesar de todo, no puedo evitar sentirme muy nerviosa. Dane, ¿es que no hay manera de terminar este asunto sin sobresaltos?

Faith meneó la cabeza.

—Temo que todavía habremos de sufrir alguno más antes de concluir este enrevesado caso —dijo—. Todo empezó por el presunto engaño a una compañía de seguros, se complicó con una defraudación al Fisco y se mezcló, ya más sangrientamente, con tres asesinatos. Es preciso llegar al fin, muchacha.

Myra suspiró.

—Si no hay más remedio...

El joven se acercó a ella y la tomó por ambas manos.

—Procure tener valor —recomendó.

Myra hizo un esfuerzo por sonreír.

—Sí, Dane, pero a mí me complicaron en este asunto, solo porque creían que yo estaba enterada y no era cierto —respondió.

—Y por dicha razón fue a visitar a la doctora Puck.

—Quería que calmase mi ansiedad. No se me ocurrió otro medio mejor.

—Ya entiendo. Bueno, repito que no debe preocuparse. Dentro de poco se habrá acabado todo, se lo garantizo.

—¡Ojalá sea como usted dice! —deseó ella fervientemente.

* * *

Eran las seis de la tarde aproximadamente. Myra abrió la puerta de la casa de Faith, donde se alojaba temporalmente, y entró con pase tranquilo. Dejó el bolso en el diván de la sala y se dirigió a la

cocina, en donde se preparó un poco de café.

Al cabo de un rato regresó a la salita. Sentóse en el diván y reclinó la cabeza en el respaldo.

Pasaron algunos minutos. De pronto, sonó el teléfono.

Myra se levantó y cruzó la estancia. Levantó el aparato y oyó una voz.

—Ha llegado el momento de actuar. ¡Adelante!

Myra no contestó. Dejó el teléfono en la horquilla y volvió a su sitio.

Transcurrió media hora más.

Se oyó ruido de una llave en la cerradura. La puerta se abrió y Faith entró en el piso.

—Hola, Myra —saludó alegremente.

—Hola, Dane.

La voz de la muchacha carecía de inflexiones. Faith no pareció reparar en ello.

—Estoy un poco cansado. Creo que me conviene una copa —manifestó—: después tomaré una ducha

—¡Espere, Dane!

Faith se volvió, Myra estaba frente a él, con un revólver en la mano.

—¡Muchacha! ¿Qué diablos está haciendo? —gritó.

Pero ella no dijo nada. Simplemente, apretó el gatillo.

Faith se llevó ambas manos al pecho y se tambaleó. Myra continuó haciendo fuego, hasta consumir todos los cartuchos del tambor. Antes de que cesara el estruendo, Faith yacía en la alfombra, hecho un ovillo.

* * *

La puerta del despacho se abrió con tanta violencia, que Mowski se levantó de un salto del sillón en que estaba sentada

—¡Hugo! —rugió—. ¿Es que no sabes llamar?

—Dispense, jefe —contestó el individuo—. Es que...

—No vuelvas a hacerlo —amenazó Mowski, de pésimo humor a causa del sobresalto recibido—. No lo hagas o te pesará.

—Puede que a usted le pese más todavía la noticia que le traigo —dijo Velar.

—¿Qué estás diciendo? ¿Sucedo algo?

—Lo he oído hace unos minutos por la radio. Myra Craven ha matado a Faith. Le metió seis balas en el cuerpo.

La mandíbula inferior de Mowski colgó repentinamente.

—¿Es... cierto?

—Absolutamente cierto, jefe.

Hubo una pausa de silencio.

Los dedos de Mowski tamborileaban sobre la espejeante superficie de su mesa de trabajo.

—Es un contratiempo para nosotros...

—¿Por qué? Solo Faith sabía dónde estaban los negativos de las fotografías que Sbinger tomó del cuaderno. Ahora ya no podrán encontrarlas y, por lo tanto, usted está más seguro que nunca.

—Pero ¿qué me dices de Sbinger?

—Puede que recuerde muchas cosas, pero... ¿tienes algo material en que apoyar sus supuestas declaraciones?

Mowski asintió.

—Es cierto —convino—. Faith ya no nos debe preocupar más. De todas formas, esta noche volveremos al almacén de Sage.

—Hay un guardián...

—Llevaré un buen fajo de billetes. A fin de cuentas, iba a darle diez mil a Faith, así que lo mismo me da gastarme ese dinero en el vigilante. Y, de este modo, tendremos toda la noche libre para trabajar sin complicaciones —dijo Mowski.

—La idea es buena —aprobó Velar—. ¿Quiénes iremos?

—Tú, yo y Russ, que se quedará en el coche, afuera. Este asunto no debe tener demasiados participantes, Hugo.

—Eso sí es cierto, jefe. ¿A qué hora?

Mowski sonrió.

—Puede que tardemos mucho, de modo que, incluso el trabajo podría durar hasta el amanecer —contestó—. Iremos a la hora que me señaló el agradablemente difunto Dane Faith.

—¿Diez y media?

—En punto —corroboró Mowski.

CAPÍTULO XIV

Jarley K. Sage sacó unos billetes del bolsillo y los puso en la mano del asombrado vigilante nocturno.

—Puede irse, Tom —dijo.

—Pero, señor, la otra noche me asaltaron y... Quizá sea peligroso...

Sage sonrió.

—Tengo una pistola —contestó—. Ande, Tom, váyase por ahí hasta la una o las dos de la madrugada. Luego continuará normalmente su turno de vigilancia.

—Sí, señor.

El guardián se marchó. Al cerrarse la puerta, una silueta, oculta hasta entonces tras un gran cajón de embalaje, se hizo visible.

—¿Habrá tiempo suficiente? —preguntó.

—De sobra, querida —contestó Sage riendo—. La furgoneta está lista. En cuanto hayamos cargado la mercancía, nos iremos, Elyanne.

La doctora Puck suspiró.

—No sabes qué ganas tengo de acabar con este maldito asunto —dijo.

—Me lo imagino, pero, compréndelo, era preciso esperar cierto tiempo para tener acumulado más material. El suficiente para no tener que preocuparnos ya más del futuro, querida.

—Sí, eso es cierto —convino ella—. ¿Cuándo empezamos?

—Ahora mismo, preciosa.

Sage y Elyanne subieron al piso superior y se dirigieron en el acto a la falsa pared de ladrillo. Sage puso las yemas de los dedos sobre el ladrillo que actuaba de resorte y presionó a fondo.

La puerta giró, después de un leve chasquido. Entonces, cuando la pareja se disponía a entrar en el cuarto secreto, se encendieron de golpe todas las luces del almacén.

Elyanne lanzó un grito de sorpresa. Sage se volvió, mascullando una colérica imprecación.

—¿Quién diablos...?

Una voz sonó con alegres tonalidades al fondo del piso, junto a la garita de vigilancia.

—Hola —saludó Dane Faith.

Los ojos de Sage se desorbitaron. Por el contrario, Elyanne entornó los párpados.

Faith avanzó tranquilo y desenvuelto hacia la pareja. Colgada del hombro por una correa, llevaba una caja negra, de pequeñas dimensiones, forrada de cuero.

Sage se volvió bruscamente hacia la doctora.

—Elyanne, tú me habías asegurado...

—Ella hizo lo que pudo, Sage —dijo Faith—. Lo mismo que yo, claro, aunque nuestros respectivos esfuerzos actuaron en direcciones diametralmente opuestas. Elyanne quería matarme y yo quería salvar la vida.

—Y lo has conseguido, Dane —murmuró la psiquiatra.

—Modestamente, eso creo —dijo Faith—. Un buen escondite, ¿eh? —añadió, señalando al cuarto secreto—. He visto un Greco, un Veronés, una tabla flamenca del siglo XV, dos grabados de Goya, dos Van Gogh, un Turner... Mucho más de tres millones valen las obras de arte que hay en ese cuarto, y eso muy por encima, antes de una tasación más exacta.

—No sabía que fueses entendido en arte, Dane —observó Elyanne.

—Algunas de las pinturas son identificables hasta por los más legos en la materia. Y, recuerda, en la Secundaria, hice también un curso de Bellas Artes. El hecho de que trabaje para una compañía de seguros no impide que me gusten las buenas pinturas y, por lo menos, conozcan el trazo de los grandes maestros.

—A fin de cuentas, su compañía también interviene en casos de robo de obras de arte —terció Sage.

—Claro —sonrió Faith—. Pero el robo primero, y el contrabando después, de esas obras de arte no es, en modo alguno, tan punible como la muerte violenta de tres personas. ¿Por qué murieron Thurmond, Ford y de Brandin?

Sage torció el gesto, pero no dijo nada. Elyanne permanecía igualmente silenciosa.

—En tiempos, formaron sociedad con usted —continuó Faith—. No sería demasiado aventurado suponer que esa sociedad se

dedicaba a la importación clandestina de obras de arte desde Europa. Incluso pienso que a las víctimas no les gustó demasiado quedarse fuera de juego y que amenazaron con tirar de la manta. O, posiblemente también, usted debía liquidarles ciertos beneficios obtenidos en anteriores operaciones y pensó que era mucho dinero. ¿Qué dices tú a eso, Elyanne?

—Tienes una penetración realmente notable, Dane —contestó la doctora con voz tensa.

—Yo llegué a imaginarme que se trataría de piedras preciosas, incluso drogas, pero nunca supuse que se trataba de auténticas obras maestras —dijo Faith—. Confieso que cuando vi les cuadros por primera vez, me quedé estupefacto, no me esperaba una cosa semejante...

—¿Cómo encontró el escondite? —quiso saber Sage.

—El muro de ladrillo no encaja en la estructura general del edificio. Debía de haber una puerta secreta y la encontré.

Deliberadamente, Faith emitió la mención del nombre de Myra. Más adelante saldría a relucir, se dijo.

—Y no tocaste nada —se asombró Elyanne.

—Esas obras de arte habían causado la muerte de tres personas. Quería comprobarlo, simplemente.

—Solo de un modo privado —dijo Sage—. No podrá demostrarlo jamás ante un tribunal.

Faith sonrió.

—¿De veras lo cree así?

Su mano izquierda presionó un resorte en la caja que llevaba pendiente del hombre. Una voz suave, de tonos acariciadores, se oyó casi en el acto:

«Su enemigo es Dane Faith... Debe matarlo... Tiene que matarlo; solo así su mente quedará liberada de la opresión a que está sometida. Tiene que matar a Faith... Matar a Faith... Matar a Faith...»

* * *

Sage y Elyanne miraban al joven con rostros desencajados. Faith sonrió:

—¿Reconoces tu voz? —inquirió.

Los sonidos continuaron brotando de la cinta magnetofónica:

«Pero no hará nada hasta que reciba una llamada telefónica. Un hombre le dirá: "Ha llegado el momento de actuar. ¡Adelante!". Y a partir de este momento, usted tendrá que obedecer mis órdenes, Myra Craven. Debe matar a Faith... Matar a Faith... Matar a Faith...»

Una pequeña pausa. Luego:

«Olvidará lo que ha hecho, Myra Craven. Negará haber matado a Faith. Lo negará, ¿me entiende?»

—Sí, doctora —se oyó la voz opaca de la muchacha.

«Cuando ese hombre la llame, usted estará lista para matar a Faith... Matar a Faith...»

Segundos después, se oyó la voz de Sage:

«Ha llegado el momento de actuar. ¡Adelante!»

—Su voz también ha sido registrada, Sage —sonrió Faith.

—Eso es comprensible —dijo Elyanne—. Podrías tener una grabadora acoplada a tu teléfono. ¡Pero Myra no llevaba ninguna en su bolso!

—Lo sabes porque, mientras estaba todavía bajo hipnosis, le pusiste un revólver en el bolso, ¿no es cierto?

Elyanne hizo un gesto de asentimiento.

—Tengo un excelente fonocaptor de sonidos —explicó Dane—. Desde la casa de enfrente y, a pesar de los vidrios de tus ventanas, recogió perfectamente cuanto hablasteis tú y Myra. Naturalmente, solo he reproducido las partes más interesantes de la grabación.

—Pero el revólver... —dijo la doctora.

—Yo llegué a mi casa antes que Myra y me escondí. Ella fue un momento al baño y luego se preparó café. Mientras tanto, yo cambié los cartuchos con bala por otros de fogueo. Salí del piso y volví a entrar más tarde, cómo si volviera de la calle.

Sage señaló hacia la grabadora.

—A pesar de todo, eso no es prueba suficiente —dijo.

—Hay unas obras de arte de contrabando —contestó Faith, imperturbable—. Tendrá que explicar la forma en que han llegado a su poder. Elyanne tendrá que explicar también quiénes son los dos doctores Roberts y Grunner, de las cuales, tengo entendido, ha realizado unas magníficas caracterizaciones. Quizá otros psiquiatras logren reproducir, en las ahora acusadas de homicidio, las condiciones en que cometieron sus crímenes. Pero al fiscal le

gustará mucho oír esta grabación...

—¡Ningún fiscal escuchará esa grabación! ¡Démela! —exigió Sage, enseñando repentinamente su pistola.

—¿Me cree tan tonto como para no haber hecho un duplicado?

Sage pareció perder la moral. Faith se volvió hacia Elyanne:

—¿Cómo pudiste aliarte con semejante individuo? —preguntó.

—Son cosas que pasan —respondió—. Tuvimos un *flirt...* y él se franqueó conmigo. El asunto era bueno, pero lo hubiera sido mejor sin aquellos tres individuos. Tú lo has estropeado todo, Dane.

La mano de Sage se crispó sobre la culata del arma.

—Todavía estamos a tiempo de largarnos con los cuadros —dijo.

—De modo que eran unos cuadros —sonó de pronto una voz colérica.

Sage se volvió, lo mismo que Elyanne. Abajo, en el centro de la planta baja, había dos hombres armados.

Elyanne lanzó un grito. Sage disparó.

Faith, precavido, se tiró al suelo. Mowski y Velar dispararon sus armas al mismo tiempo.

Velar lanzó un repentino rugido, giró en redondo y se desplomó al suelo. Sage dio una voltereta en el aire y fue a estrellarse contra el pavimento encementado de la planta baja.

Faith vio que Elyanne desfallecía y se apoyaba en un cajón. Una mancha roja apareció de pronto en su vestido, entre los senos.

Mowski quiso correr hacia la escalera. De pronto, se abrió el portón.

—¡Tire su pistola, Mowski! —gritó el teniente Mac Cain.

Terriblemente sorprendido, Mowski giró en redondo. Levantó la mano armada, pero dos de los agentes que acompañaban al oficial se le anticiparon.

—Iba a entregarme —gimió.

Su cara golpeó con fuerza contra el suelo. Mac Cain meneó la cabeza.

—Si se iba a entregar, ¿por qué no empezó tirando la pistola? —masculló disgustadamente.

Faith estaba arrodillado junto a Elyanne, quien yacía en el suelo, con la mano derecha sobre la herida.

—Dane, ¿cómo sospechaste... de mí...? —preguntó débilmente.

—El tabaco inglés —respondió Faith.

Una imperceptible sonrisa se formó en los labios de la doctora.

—No se puede... tener gustes exóticos... —dijo. Dobló la cabeza a un lado y murió.

Mac Cain llegó en aquel momento.

—Dane, ¿qué asunto valía tres millones? —inquirió.

Faith se puso en pie y señaló la puerta abierta.

—El pequeño museo Sage-Puck —contestó.

* * *

Myra Craven preparó dos copas y entregó una a Faith.

—Lo que no me explico es cómo Mowski supo el asunto de los tres millones —dijo.

—Velar había trabajado en tiempos para Sage, pero no abiertamente —explicó el joven—. Por eso tú no lo conocías.

—Ya entiendo.

—Luego, parece ser, intentó ser algo más. Sage lo despidió sin contemplaciones y entonces Velar se pasó al enemigo, esto es, se fue con Mowski. Sage había hecho otras importaciones ilegales de mucho valor, aunque no de cuadros célebres. Por dicha razón, Mowski ignoraba de qué se trataba con exactitud.

Myra tomó un sorbo.

—¿Quieres creer que no recuerdo nada de lo que hice? —exclamó—. Hay unas horas en blanco en mi mente...

—Con el tiempo, el influjo hipnótico de Elyanne acabará por desaparecer de tu subconsciente. Eso es algo que no te debe preocupar en absoluto.

—Me estremezco solo de pensar que pude haberte matado...

—Pero no fue así, de lo cual, creo, debemos ambos felicitarnos, querida.

Faith se puso en pie, dejó la copa a un lado y avanzó hacia la muchacha. Myra se dejó abrazar, muy contenta.

En el mismo instante, sonó el timbre de la puerta.

—Yo iré a abrir —se ofreció ella.

Cruzó la sala y abrió. Tres hermosas mujeres aparecieron ante sus ojos.

—Soy Amy Brent.

—Cynthia Upton.

—Carol de Brandin —dijeron sucesivamente.

—Y venimos a expresar nuestra gratitud al señor Faith —dijo Amy.

—Nos ha salvado...

Myra puso cara de circunstancias.

—Oh, qué lástima —dijo—. El señor Faith está bajo los efectos de un fuerte ataque de amnesia y no se acuerda nada. Tendrán que volver otro día. Lo siento tantísimo.

La muchacha cerró y, volviéndose hacia Faith, le miró maliciosamente.

—¡Pero yo no estoy amnésico! —protestó él.

Myra se colgó de su cuello por segunda vez.

—Espera un poco y verás cómo te hago olvidar todo —susurró.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispensa
a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España